

50

la calle

REVISTA
GRÁFICA
DE
IZQUIERDAS



EL PRIMER VIAJE OFICIAL DEL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA
El señor Alcalá Zamora, a su llegada a Alicante, que lo recibió triunfalmente, con el alcalde de la ciudad.-(Ft. Piortiz)
(Véase la amplia información gráfica del viaje presidencial, que damos en la doble página de este mismo número).

la calle

REVISTA GRAFICA DE IZQUIERDAS

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza de Cataluña, 9. :: Tel. 14.160

Talleres: Pasaje de la Merced, 8

Teléfono 31.518

Suscripción: Provincias, 2'50 trimestre

OTRO DISCURSO

LA RISA DEL CAIMAN

Está de Dios que cada semana hemos de vernos forzados a comentar el discurso de una "personalidad" de derechas. Hoy le toca el turno a la oración, ramplona en la forma y aviesa en el fondo, pronunciada en el Círculo de la Unión Mercantil, de Madrid, por el último ministro de Hacienda borbónico por el sublíder de la "Lliga Regionalista", don Juan Ventosa y Calvell.

El señor Ventosa, después de permanecer discretamente distanciado de España una larga temporada, convencido, sin duda, de que ya podía regresar sin temor alguno a responsabilidades y represalias; cuando ya ha tenido la certeza de que en este país, tan propenso al olvido y al perdón, nadie había de molestarle, ni por su actuación pública como regente del Ministerio de Hacienda, ni por su intervención en el mundo de los negocios como consejero e inspirador de diversas empresas, se ha creído en el caso de comenzar a levantar la cabeza y se ha asomado a la tribuna del Círculo Mercantil madrileño para echar pestes de la República, de sus procedimientos, de sus hombres. De todo. Y se ha permitido también el lujo de comentar, con baja ironía, con esa ironía pedestre y vulgarota de que sólo son capaces los hombres más propensos a la pirueta de circo que al epigrama, la situación actual en el orden político, en el social y en el económico. Naturalmente, un hombre de los antecedentes del señor Ventosa y Calvell no podía hacer otras afirmaciones que las "disparadas" con intención marcadamente derrotista.

¿Qué es lo que se propuso el señor Ventosa con su conferencia? Hacer constar que él está dispuesto a "sacrificarse" por la República como se sacrificó por la Monarquía: aprovechando su posición política, para desarrollar su personalidad en el mundo de los negocios. Pero, naturalmente, sacrificarse en esa forma, podía hacerse en el régimen anterior. En este, créanos el señor Ventosa: tenemos casi la seguridad de que no llegará al sacrificio.

LOS gobernadores de la República—dijo Maura en su poco afortunado discurso del Cine de la Opera, de Madrid—son una calamidad.»

Maura ignora, por lo visto, que el éxito de un gobernador pende de innumerables incógnitas. «Aun para el enterado y competente, aun para el que conozca bien la tierra que pisa»—como ha observado Luis Bello.

Añadiendo el excelente escritor—no tan impulsivo, ni vehemente, ni derechista, en el sentido estricto de la palabra, como el hijo de aquel don Antonio que, en sus sueños locos, preconizó como fórmula salvadora la «revolución desde arriba» cuando era incapaz de hacerla desde arriba ni desde abajo—, que «lo esencial en un gobernador—y en todo gobernante—es la capacidad de mando...», y que «al poner el pie en el Gobierno debe saberlo todo, porque la vida no aguarda».

Tal vez para Miguel Maura el gobernador ideal fuera aquel creado por Daudet, que se atraca de violetas, o como el que llevó a la escena Vital Aza, trahunto fiel de casi todos los gobernadores de la monarquía; pero más cruel, más sanguinario...

No; no son una calamidad los gobernadores de la República, algunos con más inteligencia que el ex ministro de la Gobernación, aunque se juzgue a unos cuantos fracasados porque un día, en aldehuelas remotas estallasen insospechados conflictos que, fuera como fuese, tuvieron que dominar.

Un gobernador de la República no puede ser un sátrapa, un despota que lo resuelva todo con los fusiles de la Guardia civil; pero tampoco un personaje de égloga que se dé, tumbado al sol, hartazgos de violetas...

Yo sé de muchos gobernadores que no han fracasado, ni a quienes se puede aplicar, como infamante tatuaje, el adjetivo de calamidad.

Uno de esos gobernadores es don J. Jorge Vinaixa, que si anteriormente a su época de mando en Palencia había demostrado inteligencia y capacidad en menesteres literarios y políticos, durante el ejercicio de su función en la capital donde una teja mató a Enrique I de Castilla, tan aficionado al juego de pelota, incorporó la inteligencia al carácter, resultando victorioso como gobernador respetuoso con la ley y amante del pueblo, cuyos derechos supo amparar.

Vinaixa, más que un buen gobernador, ha sido el perfecto gobernador. Ni una arbitrariedad, ni una violencia, ni un atropello a las opiniones ajenas, durante sus ocho meses de mando. Respeto a todas las

los gobernadores de la República

J. Jorge Vinaixa



creencias. Inviolabilidad de los derechos ciudadanos. Tolerancia, comprensión y conciliación; ecuanimidad, fraternidad, pero también firmeza, energía, autoridad, en fin.

Supo Vinaixa, con el oído atento, recoger todos los anhelos y las inquietudes todas de la ciudadanía vejada, oprimida y escarnecida por los fautores de aquel régimen epiléptico, vesánico, que el pueblo sepultó, y percibir hasta el más leve latido del pulso de unas multitudes antaño agobiadas por el peso abrumador del caciquismo nefando.

Y supo más; supo evitar en una jornada que, por lo que tenía de jactancia ultraderechista, de majeza cavernaria, de reto cerril, de protesta incivil contra un Gobierno prosternado ante el altar de la Democracia, significaba una intolerable insumisión, un desbordamiento de sordos rencores, una turbonada de odios mal conteni-

dos, que la fuerza pública—la del «disparo sin previo aviso»—pusiera un epílogo de sangre.

Que quien tiene de la libertad y del orden nuevo un concepto tan justo, claro y humano; quien habiendo sido escultor del alma propia pasó lo mejor de su vida defendiendo—apóstol del pueblo—los derechos del hombre; quien consagró su talento y sus actividades y sus entusiasmos a combatir, por corruptor, un régimen que se apoyaba en el privilegio, mal podía emplear la razón absurda de la fuerza ni aun contra la sinrazón de un trogloditismo pernicioso y rugidor, perturbador y protervo.

Posiblemente de no hallarse Vinaixa en el más alto puesto de la antigua «Pallantia» cuando los legionarios de la reacción, las harcas cavernícolas irrumpieron como una horda de bárbaros en la ciudad castellana, el nombre de Palencia se pronunciaría hoy como se

pronuncian el de Arnedo, el de Castilblanco, el de todos los lugares donde la insensatez se alió con la muerte: con repulsión y con dolor a la vez.

Por fortuna para la República, a cuyo advenimiento tanto contribuyó el paladin de la democracia y del laicismo, Vinaixa, que no pertenece a esas minorías irreflexivas e irrefrenables, inaptas para el ejercicio del mando, se comportó en Palencia con la dignidad y austeridad a que obliga la responsabilidad de un nombre y de una historia y, también, el amor profundo a un régimen que tiene por base y pedestal la Libertad y la Justicia.

Era su deber velar por la salud de la República cuando tantos peligros a la República amenazaban, y a fe que no lo dejó un solo instante incumplido, sin necesidad de recurrir en ningún caso a medidas de excepción, y dando solución adecuada a los conflictos que la incomprensión, la obstinación, el egoísmo absorbente o la malevolencia plantearon en el transcurso de ocho meses en una provincia donde permanecieron mudas las bocas de los máusers, por mandato de quien dió al mando la más justa interpretación.

Ha sido, en suma, don J. Jorge Vinaixa, un buen gobernador, un excelente gobernador, enérgico, pero lleno de serenidad, de cuya sabia gestión guardarán los palentinos perdurable recuerdo.

¿Cómo, sin manifiesta injusticia, pudo Maura lanzar a los vientos su desdichada frase «los gobernadores de la República son una calamidad?»

¿Cómo imaginó el primer ex-ministro de la Gobernación de la segunda República española, que debían ser los gobernadores?...

¿Como aquellos, quizás, que ordenaban, en el reinado del último Borbón, a la Guardia Civil arremeter contra las masas indefensas? ¿Como los que disponían acribillar a balazos pechos generosos? ¿Como los que cometían todo linaje de desafueros, de iniquidades, de infamias y de vilezas? ¿Como los que atropellaban la Ley y violaban la Justicia?... ¿Como... los que devoraban violetas?...

Los republicanos preferimos estos gobernadores de la República que «son una calamidad», pero que al abandonar la provincia donde ejercieron el mando, les acompaña, como al señor Vinaixa, la propia estimación y la tranquilidad de conciencia que produce el estricto cumplimiento del deber de servidores fieles de la República.

PEDRO NIMIO

ENSEÑANZAS DE LA REALIDAD

LOS SOCIALISTAS SE EQUIVOCAN

CADA día que pasa, se hace más insostenible la permanencia en el Gobierno de la representación socialista. Lo que tuvo una razón momentánea de existencia en el período prerrevolucionario, cuando el cambio de régimen se gestaba, porque era imprescindible la formación del frente único para deshacer a la monarquía, ahora no puede subsistir. Lo que convenía en el período constituyente de la República, en sus primeros meses de vida, para mantener la unión de todas las fuerzas revolucionarias, ya no conviene. Lo que hasta la aprobación de la Constitución era justo y lógico—que todos los partidos antimonárquicos estructurasen, llevando a ella la esencia de sus ideales, la carta fundamental del Estado—resulta actualmente un estorbo y un grave inconveniente para gobernar. Y lo peor de todo es que el partido que resulta más perjudicado con la permanencia de los tres ministros socialistas en el Gobierno es el propio partido socialista; y lo que es aún más grave para sus dirigentes, la Unión General de Trabajadores, su fundamental sostén, el estado llano del obrerismo ortodoxo...

Lo decimos con toda sinceridad, porque lo creemos honradamente: si los socialistas continúan mucho más tiempo formando parte del Gobierno, la fuerza de la Unión General de Trabajadores disminuirá en tales proporciones que quedará casi totalmente anulada en plazo no lejano; y, en cambio, la masa obrera, la mayor parte de los componentes de esa agrupación, entrarán a formar parte de la Confederación Nacional y de los grupos anarquistas.

Es lógico. Es natural. El obrero cree que los socialistas le defraudan, no cumplen en el ejercicio del Poder lo que prometieron en sus campañas de la oposición. Y como una gran parte, la mayor, de las promesas que se hicieron, prácticamente son imposibles de realizar en mucho tiempo, el obrero se llama a engaño y abandona las tiendas socialistas para acogerse a las sindicalistas, a las comunistas, a las anarquistas—especialmente a estas últimas—, en las que se le dice que no espere nada de la política, que lo que él no alcance en una acción directa y violenta, nadie se lo concederá.

Y el obrero abre un nuevo crédito de confianza a los apóstoles. A los que con palabras más simplistas, que él entiende mejor, que le sueñan mejor en sus oídos, que revuelven mejor el poso de la indignación y de la amargura que lleva en su alma, le excitan a sumarse a una revolución social...

Por eso creemos honradamente que se equivocan de medio a medio los socialistas permaneciendo en el Gobierno. Y conste que no dudamos de la buena intención con que lo hacen y mucho menos cometemos la insensatez de suponer que en la táctica influya el deseo de permanecer en sus cargos las personas que los desempeñan. Es más: creemos que el sacrificio de que están dando muestras los señores Largo Caballero, de los Ríos y Prieto, es realmente digno del mayor respeto y elogio, pero todos sabemos que en la política no siempre van unidas las buenas intenciones con los intereses del partido. Y el perjuicio que causan al partido socialista y a la Unión General de Trabajadores permaneciendo en el Poder los aludidos señores, es muy superior a las ventajas que en el orden ideológico puedan alcanzar. Por el contrario, es

casi seguro que, estando en la oposición, formando una minoría tan numerosa, tan disciplinada y tan compacta como la que forman los socialistas, alcanzasen aún mayores ventajas en el orden ideológico y, sobre todo, mantuviesen en la calle un prestigio y una fuerza que, no nos hemos de engañar, van perdiendo por momentos y a pasos de gigante, resultando con ello perjudicados, no sólo el partido socialista y la Unión General de Trabajadores, sino la República, pues al inclinarse la masa obrera del lado comunista y anarquista, es de suponer que la paz y el orden social sufran quebrantos de consideración, de los que son indicios muy claros las frecuentes alteraciones del orden público que se suceden en toda España.

Conviene, pues, que mediten bien lo que deben hacer los socialistas y se fijan en ciertos detalles y síntomas que, indudablemente, no deberán haber pasado desapercibidos a sus ojos. Citemos un solo botón de muestra: el punto de vista que tienen en el problema ferroviario de una parte, el ministro de Obras Públicas; de otra, el partido socialista; de otra, la Unión General de Trabajadores, y, por último y es la más trascendente, los obreros ferroviarios en general.

JUSTO FRANCO

De Castilblanco a Hospitalet de Llobregat, pasando por Arnedo

Hay que acabar con los actos de violencia

LOS elementos extremistas de la izquierda no dan punto de reposo para la difusión de sus propagandas en toda España. Casi se dan más maña que sus "pseudocorreligionarios" los extremistas de la derecha, los famosos "cavernícolas".

Mitines, folletos, hojas sueltas, todo es poco para exponer sus doctrinas con objeto de la captación de adeptos.

Doctrinas que no tienen otro postulado que la revolución social, el extremismo, la destrucción, el odio, la muerte... Es decir, Castilblanco, Arnedo, Hospitalet de Llobregat. No tan ruidoso y zarandeado este último "episodio", pero por lo menos igualmente vergonzoso como los otros.

La libertad no puede amparar, en ningún momento, sucesos tan dolorosos y repugnantes.

Esos procedimientos ha de cortarlos de raíz la República, en nombre del principio de Humanidad. Hemos de procurar que nadie pueda motejarnos de inciviles ni de inhumanos.

Y los que tienen el deber, el compromiso y el deseo de consolidar a la República, no deben consentir que nadie ponga obstáculos a esa consolidación, ni que manche su prestigio, llámese extremista de la derecha o de la izquierda.

NOTAS SEMANALES

FINIS MAURA

DON Miguel Maura ha conseguido, con su reciente discurso en el Cine de la Opera, un triunfo definitivo para la República: suprimir totalmente su persona de toda posibilidad gubernamental. Aún no sabemos ni podemos prever la suerte de la República, menos aún cuando las vacilaciones de los dos primeros Gobiernos republicanos están retardando exageradamente la fijación de sus caracteres sociales y políticos. Tal vez las fuerzas reaccionarias logren coordinarse en un gran conglomerado partidista e influir en el Gobierno de la República y, acaso, modificar su primitiva fisonomía. Quienes hemos luchado sin descanso contra el régimen monárquico debemos y haremos lo posible por evitar un viraje hacia la derecha y seguiremos trabajando con igual empeño por hacer del Estado republicano un Estado profundamente democrático en todos sus aspectos. Pero, se incline a donde se incline el futuro de la República y prospere esta o la otra fuerza política, la personalidad de Miguel Maura ha quedado definitivamente descartada. El ex ministro de la Gobernación ha dicho en el Cine de la Opera sus palabras finales. Podrá seguir hablando con su habitual intemperancia y su vacía agresividad, pero sus vociferaciones no tendrán ya importancia.

Porque el caso Maura es precisamente el dato del desconcierto y la desorientación de las fuerzas republicanas en la época de la conspiración contra la monarquía. Cuando Maura se incorporó a los grupos republicanos, la monarquía estaba virtualmente derrocada. La deserción de hombres como él, sin ningún antecedente democrático y mucho menos revolucionario, lo indicaba con evidente claridad. Maura y otros de su misma catadura política fueron los roedores avisados del buque en trance de naufragio. No tuvieron sino el instinto de conservación un poco agudo. No había motivo, por tanto, para recibirle en las filas republicanas con especiales consideraciones. Su pleito con la monarquía, personal o político—acaso más lo primero—, no podía recomendarle para un trato de favor entre los republicanos. Pero la crítica republicana nunca ha calado mucho en el cuerpo social y, en consecuencia, no vió nunca con certeza la ruta del movimiento revolucionario. Cuando la monarquía estaba ya derrotada y deshecha, los republicanos seguían creyendo las estúpidas afirmaciones monárquicas y dudaban de la seguridad del triunfo. Por eso, en lugar de quedarse impassibles y no concederle ninguna importancia a la conversión de Maura, acogieron al converso con especiales distinciones y le hicieron pasar entre honores de la undécima fila monárquica a la primera republicana, porque los jefes republicanos, inspirados por el fetichismo de la época, creían a Maura un factor decisivo en la lucha contra la monarquía.

Mas la insuficiencia crítica de los jefes republicanos de Madrid no podía convertir a un socio del Tiro de Pichón en un hombre de Estado. La incapacidad mental y psicológica de Maura quedó perfectamente demostrada en las deliberaciones del Comité revolucionario. Sin embargo, los directores del movimiento no podían ya rectificar. Ha sido necesario el triunfo de la República para sacar a la plena luz del país la espantosa incapacidad política de Maura. Desde el primer momento, su presencia en el Gobierno ha sido un motivo constante de conflicto. Colocado en una actitud espiritual, o, mejor dicho, pasional, muy suya, su encaje en la República no podía realizarse nunca con plenitud. Maura fué, en el Gobierno y en la República, un inadaptado. No un inadaptado político, sino más bien un inadaptado espiritual. Es algo como una incrustación monárquica.

Porque ya es hora de precisar bien esto de monárquico y republicano. El solo hecho de afiliarse a una forma de Gobierno no supone un cambio profundo de ideología. Ser mo-

nárquico no quiere decir solamente estar adherido a una forma de Gobierno, sino tener una visión y una concepción especiales de los problemas del país y de los métodos de Gobierno. Maura, a pesar de su adhesión a la República es, en realidad, un monárquico. O, dicho con mayor exactitud, un señorito—no un señor—feudal. De cuantos hombres se mueven hoy en las esferas políticas, él es uno de los más desprovistos de bagaje mental. De su personalidad no puede hablarse desde el punto de vista doctrinario ni ideológico, porque la suma de sus conocimientos de la ciencia política no son superiores a los de cualquier oficinista. Su capacidad política está formada por los rumores, los comentarios, las cábalas, las aficiones y adersiones recogidas en la casa paterna. Maura es así un producto legítimo de su ambiente. Consecuentemente, un hombre con una cerrada formación feudal.

Aparte su formación, su deformación política, actúan constantemente en él sus características temperamentales. Los cuadros monárquicos han sido siempre hervideros de pasiones, de rencores, de envidias. Pero la consigna unánime era disimularlas, resistirlas, no vengarlas nunca descaradamente. Así, subordinada a esta consigna, ha vivido siglos la fauna monárquica y el constante ejercicio de ella ha formado la psicología monárquica. Maura es el primer disidente de ella. Su discrepancia fundamental con la monarquía radica precisamente aquí: en su insubordinación a la consigna de callarse y resistir sus rencores, sus resentimientos. Maura ni se los calla ni los resiste, y si vino impetuosamente de la monarquía a la República ha sido, por el contrario, para gritarlos con mayor fuerza y realizarlos con más eficacia.

De este modo su filiación republicana está formada por una psicología feudal y una serie de resentimientos y rencores personales. Su actuación en la República pretende manejar los métodos y los propósitos gubernamentales de la monarquía y, al mismo tiempo, cobrarse sus cuentas atrasadas. Pero como estas cuentas están a cargo de elementos de las mismas clases—de su clase—a quienes él quiere servir, el iracundo disparate de su política establece una de las más violentas contradicciones de la política actual. En su discurso del Cine de la Opera, Maura apareció encerrado en un frenético círculo de odios. Odió a la democracia, odió a Cataluña, odió los clericales, odió a sus antiguos correligionarios, odió a los obreros. Su figura se debatía por lograr el imposible de convencer a quienes con los cuales está psicológicamente identificado y a quienes odia personalmente. El caso es, sin duda, muy interesante. Pero no desde el punto de vista político, sino desde el punto de vista de la investigación psicológica y digno, en este aspecto, de un vasto y minucioso estudio.

El discurso, en su aspecto político, ha tenido la gran importancia de poner el "Finis Maura" en la política española. Pero no a Miguel Maura—muy poca cosa, por cierto—, sino a la tenebrosa tradición maurista.

CESAR FALCON

Advertimos una vez más a los colaboradores espontáneos que, sintiéndolo mucho a causa del abrumador número de trabajos que se nos remiten sin haberlo solicitado, no nos es posible devolver los originales ni mantener correspondencia sobre ellos.

EL ESTATUTO Y LA FEDERACION

TOCAMOS las consecuencias de que la República española no sea federal. De serlo, maldito si fueran necesarios los Estatutos. Proviene del criterio, compartido por Prat de la Riva y por casi todos los catalanistas, de no unificar la federación y de no conceder o reconocer la autonomía a aquellas regiones no capacitadas para ejercerla o que no la necesiten por haberse embebido en otras regiones, sin que éstas sean, como se pretende, inferiores en nada a las que tienen lengua vernácula y conservan leyes propias y usos bien determinados.

Ello es que por huir de la unificación y por el miedo a dar—invertimos para expresarlo una locución vulgar—pañuelo al que no tiene narices, hemos caído en la gerigonza de los Estatutos y en la inmoralidad de las simulaciones.

Y el Estatuto de Cataluña, antes de lograr estado parlamentario (aún no ha dictaminado la Comisión), lo tiene público.

Está discutiéndose, no en el Parlamento: en la calle.

Han provocado el debate la carta de Marcelino Domingo a don Francisco Maciá y la respuesta a Marcelino Domingo de don Francisco Maciá, lo que acerca del Estatuto dijo el ex ministro de la Gobernación don Miguel Maura y la agresiva tocata de "Los Segadores" en un mitin celebrado en Barcelona y en el cual habló un diputado socialista.

El señor Maura rechaza el Estatuto por afirmar la soberanía del Estado catalán y por lo relativo al orden público, a la lengua como instrumento de la cultura y a la concesión a Cataluña de las contribuciones directas.

Ya se vió que lo atañadero a la soberanía y a si el idioma universitario ha de ser el catalán o el castellano levantaron tempestades pasionales en el Parlamento.

La cesión de las contribuciones directas tiene muchísimos adversarios.

¿El Estado autónomo ha de ser soberano? Créo que sí. De no haber soberanía, no hay autonomía integral, verdadera autonomía.

Enoja que se continúe discutiendo lo que ya dialéctica y teóricamente está resuelto hace muchos años. Y me asombra que quien niega esa soberanía al Estado catalán se llame autonomista.

De haber prevalecido la federación, no se conservaría este equívoco.

Las minorías socialista y de Acción Republicana tratan estos días de su actitud respecto al Estatuto que ha de discutirse así que haya dictamen.

De lo que piensan los socialistas se trasluce mucho por el discurso del señor Cordero en Barcelona y por lo que manifiesta la Prensa de Madrid.

El criterio predominante en Acción Republicana lo conoce perfectamente don Amadeo Hurtado, que hizo el honor a la minoría de ese partido de explicarle el Estatuto.

No disimulo que el aire de la calle no le es propicio al Estatuto, lo que no quiere decir que las Cortes lo rechacen. No, eso no; modificarán la parte relativa a la Hacienda, pero pasará.

Innecesario sería el Estatuto y su discusión en las Cortes españolas si al darse España la forma republicana se hubiese dado el sistema federal con las reformas que el tiempo, la ciencia y la experiencia han traído fatal, inevitable-

mente, a la teoría de las autonomías individual, municipal, regional, nacional y continental; pero mateniendo lo esencial del sistema que conserva la unidad y concluye con el unitarismo, que hace imposible que una persona tan inteligente, sagaz, avispada cuan el señor Maura (don Miguel) pondere su criterio autonomista al mismo tiempo que se escandaliza si el Estatuto afirma la soberanía del Estado autónomo catalán.

Roberto CASTROVIDO

Los obreros sin trabajo

El número de los que hay en España pasa de un millón

HACE pocos días, el ministro de Obras Públicas, don Indalecio Prieto, dió una referencia a los periodistas acerca del número de obreros parados en España.

De los datos facilitados por el señor Prieto, y adquiridos, según sus manifestaciones, por la U. G. T., resulta que, entre los adheridos y no adheridos a dicha organización, hay más de un millón de obreros parados en nuestro país, unos por no tener ocupación y otros en huelga forzosa.

Según las informaciones realizadas por la U. G. T., se clasifican dichos obreros en la siguiente forma: agrícolas, 199.933; de los ramos de construcción, 39.946; del ramo de la alimentación, 5.268; de metalurgia, 8.505; mineros, 6.466; ferroviarios, 570; de carga y descarga de estaciones y muelles, 2.760, y, el resto, de otros ramos o sectores.

No queremos discutir la procedencia de esos datos, porque conocemos cómo se hacen las estadísticas y lo difícil de poder lograr su exactitud, pero sí hemos de afirmar que el ministro de Obras Públicas se ha quedado corto al dar la cifra de los obreros que no trabajan, que no tienen trabajo en España. Estos, pasan bastante del millón.

Ni las estadísticas del ministerio del Trabajo, ni las de la U. G. T., ni ninguna de las efectuadas hasta ahora, son tan completas y acabadas que puedan arrojar una cifra siquiera aproximada.

El que conozca algo los obreros que hay parados en Cataluña, en Vizcaya, en Andalucía, en Aragón, en Valencia y en todas las regiones, se hará cargo enseguida de que el problema es más agudo de lo que parece y de lo que se supone, y que el número de los que no trabajan rebasa, en mucho, del millón.

Como corolario a sus manifestaciones, el ministro de Obras Públicas dijo que la cifra de los parados debía hacer meditar a todos: al Gobierno, al Parlamento, a la Prensa, a los elementos capitalistas y a las organizaciones obreras.

Si esta meditación sirviera de algo, muy bien. Pero los que tienen hambre y no pueden llevarse un pedazo de pan a la boca, no pueden pararse en meditaciones. No son los momentos de meditaciones, sino de obras, de hechos, de realidades.

Y, sobre todo, de inspirar confianza al capital y a las clases productoras, para que se apresten a la solución del problema.

Y la labor que llevan a cabo los socialistas desde el Gobierno y en el Parlamento no es la más adecuada para que así ocurra.

LA CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA DIRIJASE
AL ADMINISTRADOR DE "LA CALLE".
PLAZA DE CATALUÑA. NUM 9. 2.º 2.º — BARCELONA

LOS LABRIEGOS VALENCIANOS O LA ARISTOCRACIA CAMPESINA

EN estos momentos en que la situación de los campesinos de algunas provincias españolas se agudiza, hasta el extremo de llegar a preocupar hondamente al actual Gobierno, no estará mal el hablar un poco sobre la aristocracia campesina. Porque la aristocracia campesina existe. Es indudable. Los labriegos valencianos son una manifestación de ella. Estos, en su mayor parte dueños de los terrenos que cultivan, representan entre los campesinos españoles a la aristocracia del campo.

Días después de proclamarse la República española, publicamos en estas mismas páginas un reportaje en el que recogíamos la voz esforzada de los labriegos valencianos. Fué entonces para hablar de su revolucionarismo y de su fervoroso entusiasmo por la República. Hoy queremos recoger su voz en la forma de desenvolverse su vida y en su parecer sobre la situación crítica de los campesinos de las demás provincias españolas.

LA BARRACA Y EL CABALLO

Es indudable de que los labriegos valencianos trabajan. Trabajan intensamente, de la mañana a la noche, de sol a sol, como vulgarmente se dice. Trabajan pegados a la tierra, fervorosos de sus bancales óptimamente fértiles. Porque los labriegos valencianos son dueños de sus huertas. Y las cultivan con el amor, con el cariño que se siente por todo lo íntimamente propio.

Además de sus bancales, los huertanos de Valencia cuentan con una barraca y un caballo. Una barraca blanca, pulcra, elegante. Un caballo fuerte, rudo, magnífico.

La barraca y el caballo son dos motivos de existencia: La primera significa para él el descanso. El segundo la amistad, la compañía, el puntal más firme de su labor diaria.

Sin la barraca y el caballo, el labriego valenciano no representaría a la aristocracia campesina.

CAMBIO DE PALABRAS Y EXAMEN CON UN LABRIEGO VALENCIANO

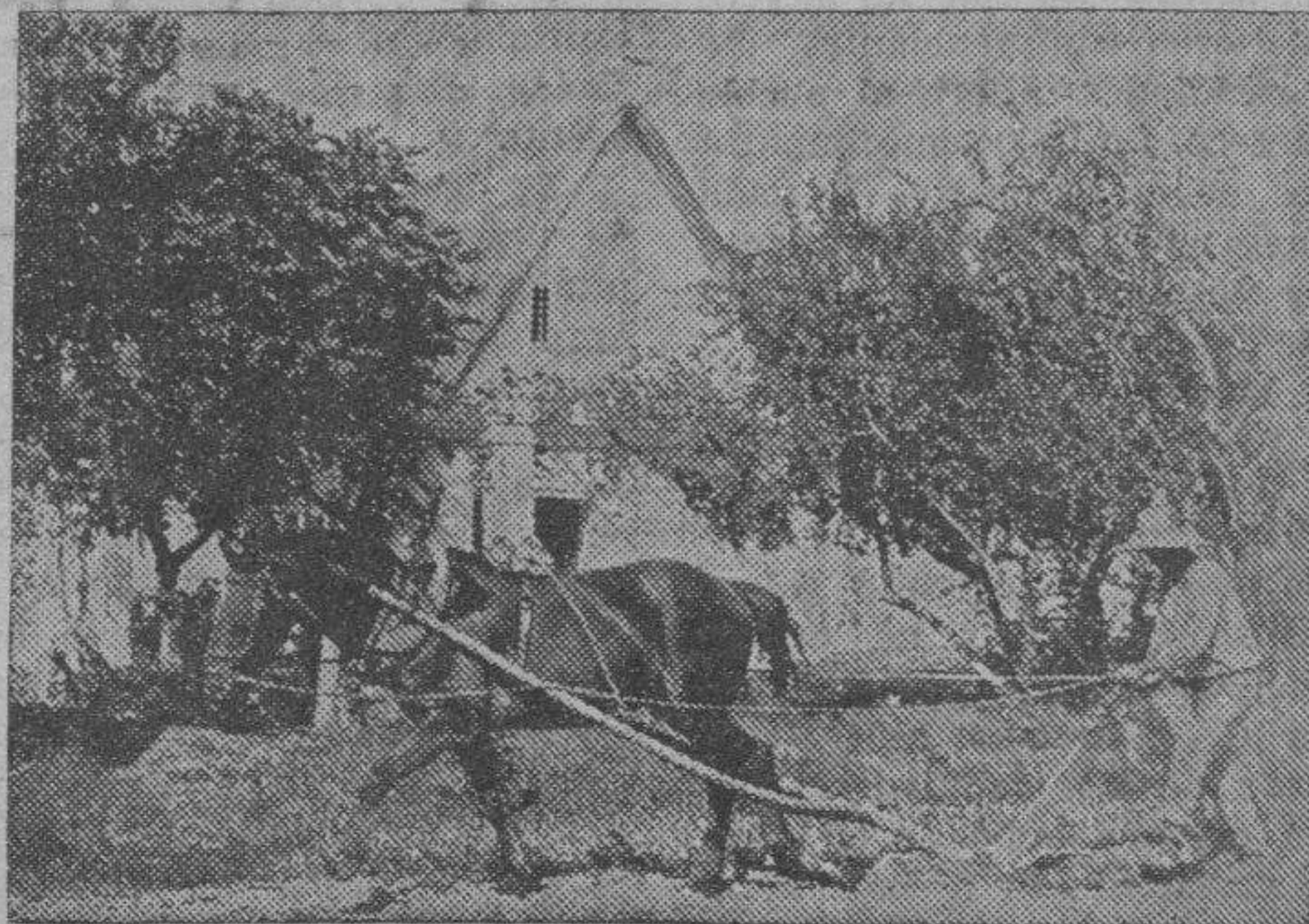
Le hemos sorprendido en plena huerta, cuando se disponía a roturar un pedazo de



EL LABRIEGO VALENCIANO, ANTES DE EMPEZAR SU TAREA COTIDIANA LIMPIA Y DA DE BEBER A SU BUEN AMIGO EL CABALLO

campo, y le hemos solicitado una interviú. El, creyendo seguramente que era una broma lo que le pedíamos, ha sonreído y se ha ofrecido gustoso.

Después, al darse cuenta de la veracidad de lo que le habíamos solicitado, intenta excusarse. Pero le hemos cogido la palabra y tiene que contestar



LE HEMOS SORPRENDIDO EN PLENA HUERTA, CUANDO SE DISPONIA A ROTURAR UN PEDAZO DE CAMPO, Y LE HEMOS SOLICITADO UNA INTERVIU...

a nuestras preguntas. Por fin le interrogamos:

—¿Cómo se desenvuelve la vida de ustedes? ¿Viven desahogadamente con el producto de su trabajo?

—Sí. Nosotros no podemos quejarnos. Somos sin duda alguna los campesinos que mejor se desenvuelven en España. Pero también hay que reconocer que trabajamos mucho. Son tan sumamente pequeñas nuestras extensiones de terreno que, por fértiles que sean, difícilmente pueden producir lo suficiente para nuestro sustento.

—¿Pero viven bien?

—Trabajando mucho podemos llegar a vivir magníficamente bien.

—¿Están contentos del Gobierno de la República?

—Sobre esto no puedo decirle nada. El Gobierno de la República lleva aun muy poco tiempo de existencia para que lo juzguemos. Sí ha hecho pocas cosas, tal vez haya sido contra su voluntad. Esperaremos un poco para poder juzgarle.

—¿Entre ustedes hay alguien que lamente la caída del régimen borbónico?

—No, señor. ¡Nosotros somos, en la mayoría, eminentemente revolucionarios!

—¿Qué piensan de la situación de los campesinos de las demás provincias españolas?

—Que es verdaderamente dolorosa su situación. Los campesinos andaluces, sin trabajo, representan un problema verdaderamente serio que la República debe procurar solucionar por todos los medios. De no terminar pronto en esta crisis, el Gobierno perderá el apoyo de las grandes masas y España dejará de ser un Estado popular.

—¿Creen ustedes que el Gobierno actual podrá solucionar este problema?

—Debe procurarlo por todos los medios. ¡De lo contrario ya sabe a que se expone!

COMENTARIO

Los labriegos valencianos. Todos conocen ya la vida apacible de los labriegos valencianos. Hombres rudos, fuertes, trabajadores. Hombres pegados a la tierra, con el arado y la azada eternamente firmes para el trabajo.

PLA Y BELTRAN
Valencia.

LA NOCHE DEL SABADO

DON JUAN VENTOSA O EL ENEMIGO

MADRID. Noche de sábado. El Círculo de la Unión Mercantil. O lo que es igual, el gran campamento de los enemigos de los trabajadores. Muchas molduras doradas. Muchos sillones confortables. Muchos hombres recién planchados. Son realmente espléndidos los vientres y las calvas y las botas de estos hombres. Yo no sé por qué razón tienen los pies tan grandes los socios del Círculo de la Unión Mercantil. Pero los tienen.

Ni sé tampoco cómo he podido llegar a los interiores del Círculo de la Unión Mercantil. Pero he llegado. Estas irrupciones, tan fáciles de lograr en el Ateneo, son realmente increíbles en el Círculo de la Unión Mercantil, en el Casino de Madrid o en cualquier otro recinto frecuentado por hombres poco dados al cultivo de la inteligencia.

En fin, lo que en este caso importa es que logre oír la conferencia de don Juan Ventosa. De antemano sabía yo que sería el único discurso interesante de cuantos se han servido lanzar en las últimas semanas las bocas más autorizadamente dispuestas a combatir contra los hombres del Gobierno, cuando no contra el propio régimen.

Don Juan Ventosa no podía engañar a nadie. Tratábase de un ministro del último Gobierno monárquico, no obstante lo cual es un hombre muy inteligente. De seguro que su conferencia sería el ataque más peligroso de cuantos quedan aludidos, que son cuatro.

Fué el primero el de don José Ortega Gasset. Este iba, naturalmente, contra la Revolución. Era ineficaz. Yo—y excúsenme ustedes esta intolerable sinceridad—, yo, digo, no creo en don José Ortega Gasset. Me parece mucho más interesante su hermano. Y no creo en don José Ortega Gasset por dos razones. Porque no es posible que un hombre medianamente cerebral prescindiera en absoluto de los puntos de vista marxistas, como quien los ignora en absoluto. Y porque no se puede hablar de democracia y dirigir la "Revista de Occidente", vivero de una aristocracia de las letras, sencillamente odiosa. Después de su discurso hay una tercera razón: Sus elogios de don Miguel Maura, claro exponente de la brutalidad política, dicho sea con todo respeto. Don Miguel Maura sólo puede ser admirado, sin equívocos, por Mola.

Fué el segundo el de don Melquíades Alvarez. El espectáculo de su discurso hubo de producir a todos sus oyentes una gran tristeza. Don Melquíades Alvarez se ha inmovilizado. En política no es posible la renovación. Y menos tratándose de un hombre que cada vez que se ha renovado ha sido para equivocarse.

Fué el tercero el de don Miguel Maura. De éste no merece la pena de hablar. Como los anteriores conferenciantes, dió testimonio de su ausencia de las realidades. Ahora al pueblo ya no se le manda. Ahora se le obedece. Lo único que importa saber son los verdaderos términos de su mandato. Y nada más. Y hay que obedecerle, señores míos, a su sola indicación. Porque si estas indicaciones no son justamente interpretadas, las llegara a expresar de modo más violento.

Y ha sido el cuarto don Juan Ventosa.

Ha sido el cuarto don Juan Ventosa. Bien. Pero en realidad el primero que ha acometido de ese modo frío y calculado que puede hacer eficaces las acometidas. Y ha acometido, ¿a quién? ¿A los hombres del Gobierno de la República? ¿Al régimen? A las dos cosas y a algo más: a la Revolución. Al pueblo. Al posible triunfo de los trabajadores. No se puede tratar con mayor desdén del que hubo de emplear, ni a Indalecio Prieto, ni a Largo Caballero, ni a los obreros que aspiran a reivindicarse.

A mí Indalecio Prieto no me importa nada, y Largo Caballero lo mismo. Pero levantar como bandera el desdeñarlos, en el Círculo de la Unión Mercantil, donde se les odia en su calidad de ministros de la República y de ministros

socialistas—el Círculo de la Unión Mercantil de seguro que no tiene, en realidad, concepto del socialismo—, el fomentar estimular y realizar una obra terminantemente contrarrevolucionaria. Y esto lo hace precisamente un ministro que debe el poderlo hacer a que esos ministros socialistas desviaron en abril el cauce verdadero de la Revolución, cuya existencia está en grave riesgo, envenenada de legalismo...

Los únicos hombres que honrosamente no pueden atacar a los ministros socialistas son los que, como don Juan Ventosa, fueron salvos a merced del inexplicable concepto que tuvieron de la Revolución los jefes del socialismo nacional.

Pero en todo caso allá ellos. Lo que importa recoger de la conferencia de don Juan Ventosa es el terrible bombardeo de cifras con las que ametralló a la República. Por la ordenación de tan peligrosas bombardas, nos enteramos de que la cantidad de dinero en cuentas corrientes se ha reducido de un modo atroz, de que los campos no se siembran, de que las cotizaciones de los valores públicos descende, de que los negocios se paralizan, de que los presupuestos no se pueden nivelar y de otra porción de tragedias económicas.

Pues, todo eso no es sino la expresión de un único hecho: la ofensiva del capitalismo contra los trabajadores. Ni más ni menos. Ni aquí ocurre otra cosa, ni hay otro problema. El capitalismo quiere reducir a la obediencia a los trabajadores, por hambre. El señor Ventosa representa, en cierto modo, un parlamentario del capitalismo. El señor Ventosa ha venido al Círculo de la Unión Mercantil a decir al proletariado, desde detrás de una mesa: "Veñ que con República y sin ella estáis bajo el poder de nuestro dinero. Someteos, porque si os resistís os mataremos de hambre. Vosotros no sois otra cosa que nuestros esclavos. Hoy como ayer y mañana como hoy. Y quienes os dicen cosa distinta os engañan".

Y esto no es verdad.

Y porque no es verdad tuvo buen cuidado el señor Ventosa de huir de este planteamiento terminante. Pero, eso sí, ironizó cuanto quiso sobre el manoseado concepto de que España es una República de trabajadores. Ante aquel auditorio era de éxito seguro esta burla. En otra parte, es decir, ante una representación menos compacta de los capitalistas, no hubiese pasado lo mismo.

Claro que en esta conferencia, como ocurre en todas las de propaganda derechista, es decir, de regresión, hubo de combatirse la Constitución con particular encarnizamiento. Pero, sobre todo, en lo que se refiere a la posibilidad de la expropiación de las tierras, con posible excusa de indemnización. Esto los puso frenéticos al señor Ventosa y a sus oyentes.

Es decir, que a estas alturas de la civilización y después de unas acciones revolucionarias, siguen ignorando los capitalistas que el único origen de sus fortunas está en las apropiaciones del trabajo ajeno. Es decir, que aún están dispuestos los terratenientes a hablarnos del "sagrado derecho de propiedad" y a defender que en los productos de una tierra en cuyo laboreo no intervienen ni por lo más remoto, tienen ellos un derecho de apropiación que se trasmite a lo largo de las generaciones como la propia sangre.

En realidad, todo esto es inconcebible. A mí me da la sensación de que nos hallamos a una distancia enorme de nosotros mismos. Decía el señor Ventosa que este concepto constitucional de la expropiación ha alejado de España a muchos hombres de negocios. Pues váyanse enhorabuena, si lo que se proponían esos hombres de negocios era explotar los campos a través de nuestros campesinos.

Pero, en fin, he aquí ya al enemigo en su trinchera. A un verdadero enemigo. A un enemigo sin emboscada. Tan claro y tan terminante es, que en la noche del sábado arrastró tras de sí a todos los que concurrieron a los salones del Círculo

OPINIONES

ORIENTACIONES CONCRETAS

LA situación actual que el mundo atraviesa se caracteriza por la cantidad enorme de dificultades que ha de vencer. A cualquier parte que volvamos la vista, sobre no importa cual país que fijemos nuestra atención, veremos, a poco que se observe, cómo su desenvolvimiento natural tropieza con obstáculos que en algunos momentos parecen insuperables. Y si bien es cierto que los superan, ello no quiere decir, ni de mucho, que la situación quede clara, despejada, libre, y el camino expedito para continuar tranquilamente la marcha.

Si tomamos, en primer lugar, como ejemplo, a España, veremos que atraviesa momentos muy difíciles. Por un lado, la proclamación de la República con el desbarajuste que todo cambio de régimen acarrea, y, por otro lado, las repercusiones de la política y economía mundiales no hacen sino acumular obstáculos que dificultan cada día más el desenvolvimiento natural del país.

Pero si nos alejamos de España, en la que las dificultades que atraviesa parecen tener como justificante el cambio de régimen, y tomamos como ejemplo de nuestras demostraciones otro país cualquiera, veremos, aunque esto nos asombre, que a pesar de la estabilidad de su régimen, pasan por los mismos trances y apuros que se pasan en nuestro país.

La observancia de este fenómeno, tan curioso como interesante, ha de llevarnos, ¿qué duda cabe?, a conclusiones un tanto alejadas de lo corriente y vulgar.

Inglaterra era el país por excelencia de una economía saneada y de una política ejemplar que a todos se nos mostraba como modelo. Era como para los cristianos Roma o para los mahometanos la Meca, el país clásico donde debíamos aprender las normas de buen Gobierno, de buena administración y de un sentido claro y recto de las cosas.

Mas todo esto pertenece ya al pasado, cuando a ese conjunto de buenas y excelentes cualidades se quiere hacer mención, en pretérito. Hay que decir "era", lo que equivale a decir que ya no es, que ha dejado, circunstancial o fundamentalmente, de serlo.

Otro tanto podemos decir de Francia. La Francia clásica de los gestos nobles, cuna y país de la libertad, de la fraternidad y de la justicia, arrincona todo eso como si fueran trastos viejos y se lanza a la palestra en un loco afán de vencer las dificultades que a diario se le presentan.

Y como Francia, Alemania, América, todos los países, en fin, sufren el colapso de una dolencia que pone en gravísimo peligro su existencia.

¿Qué pasa, pues, en el mundo, que todo parece llamado a desaparecer arrastrado por un cataclismo universal? Pasa que nos hallamos en el punto convergente de dos concepciones fundamentalmente distintas de las cosas. Pasa que presencia-mos una lucha tenaz, cruel, feroz, sangrienta frecuentemente, entre una modalidad que desaparece y otra que nace, entre una concepción del mundo que se apoya en el pasado, al que quiere sobrevivir, y la concepción nueva que hace esfuerzos inauditos por conquistar el puesto que se merece en virtud del fracaso de cuanto existe.

Y nada hay peor que vivir en estos períodos. Ciertamente es que son los más ricos en esperanzas, en sugerencias, en matices; que tienen a su favor infinidad de facetas que los hace dig-

lo de la Unión Mercantil. Don Juan Ventosa les hizo definir-se. Cada vez que acometía a la República en cualquiera de las formas y de los términos que la acometió, hubo de desencadenar verdaderas tempestades fervorosas. He aquí al caudillo que aguardaban. Ahora a luchar. Y a luchar sin temor alguno.

Los guardias civiles, por desgracia para la República, no irrumpirán jamás en los salones del Círculo de la Unión Mercantil con iguales consignas que en Arnedo.

Ceferino R. AVECILLA

nos del elogio; pero también es verdad que con sus turbulencias y agitaciones mantienen el alma constantemente en vive preocupado por el mañana, seguro de que éste puede traerle un ilusión o un desengaño.

Pero la realidad es tal cual es y no como quisiéramos que fuese. Ella manda y ella ordena. Ella propone y dispone.

Sometiéndonos, pues, a sus mandatos, ya que para todos vilo y no hay paz ni tranquilidad para nadie. Todo el mundo son inexcusables, digamos que es propia, lógica y natural la preocupación que a todos nos domina, puesto que, ya sea por una o por otra causa, no podemos sustraernos a sus fatales consecuencias.

Sin embargo, al menos para nosotros, en medio de esta baraunda de cosas que atestiguan un desconcierto general, hay algo que nos alegra, que nos conforta y anima para salir airoso en la empresa en que nos hallamos empeñados.

Cada día más, los pueblos, tanto en un sentido como en otro, ya se inclinan a la izquierda o a la derecha, no se pagan de palabras o de eufemismos rimbombantes; quieren ideas claras, precisas, concretas; aspiran a orientaciones que, aunque sólo sea en apariencia, den la sensación de que saben a dónde van, cómo van y lo que quieren. Y esto es muy interesante.

¿Revela este deseo una mayor clarividencia, un juicio más exacto, una aspiración más clara en la dirección de la conciencia popular? Sin duda alguna. El síntoma es alentador, porque nos revela un deseo al par que nos descubre el camino que forzosamente hemos de seguir.

Todos podemos dirigirnos hoy al pueblo. Los de la derecha como los de la izquierda. Los que van a hablarle de un ideal futuro, de una concepción social nueva, de un estado de cosas que exigen del hombre sacrificios, desinterés, nobleza, lo mismo que pueden dirigirse a él los otros, los retardatarios, los invocadores del pasado, los fantasmas de hoy, puesto que su alma vive en el ayer, los que, en una palabra, en nombre de no sabemos hasta qué punto sagrados intereses, quieren estancar las aguas del progreso, renunciar a todo avance y, como peregrinos vencidos por la vida, sólo aspiran a que nada cambie y todo permanezca en el estado en que actualmente se halla. Todos podemos dirigirnos al pueblo; él nos escuchará si le hablamos el claro y preciso lenguaje de la concreción. De otra manera es inútil dirigirse a él, y lo es, porque si no os vuelve las espaldas, quizá por respeto, quizá por educación, aeoge nuestras palabras con excepticismo y la única contestación que nos da es un encogimiento de hombros, algo así como quien dice: "a mí de todo eso no me importa lo más mínimo". Será un signo de los tiempos si se quiere; pero la verdad cruda es que a los pueblos, hoy, hay que hablarles claro, preciso y concreto. Pues si se les habla de otra manera no escuchan o no hacen caso de lo que escuchan.

Por nuestra parte, estamos contentos de que así sea. Y con nosotros han de estarlo quienes tengan el más mínimo sentido de la realidad en que vive.

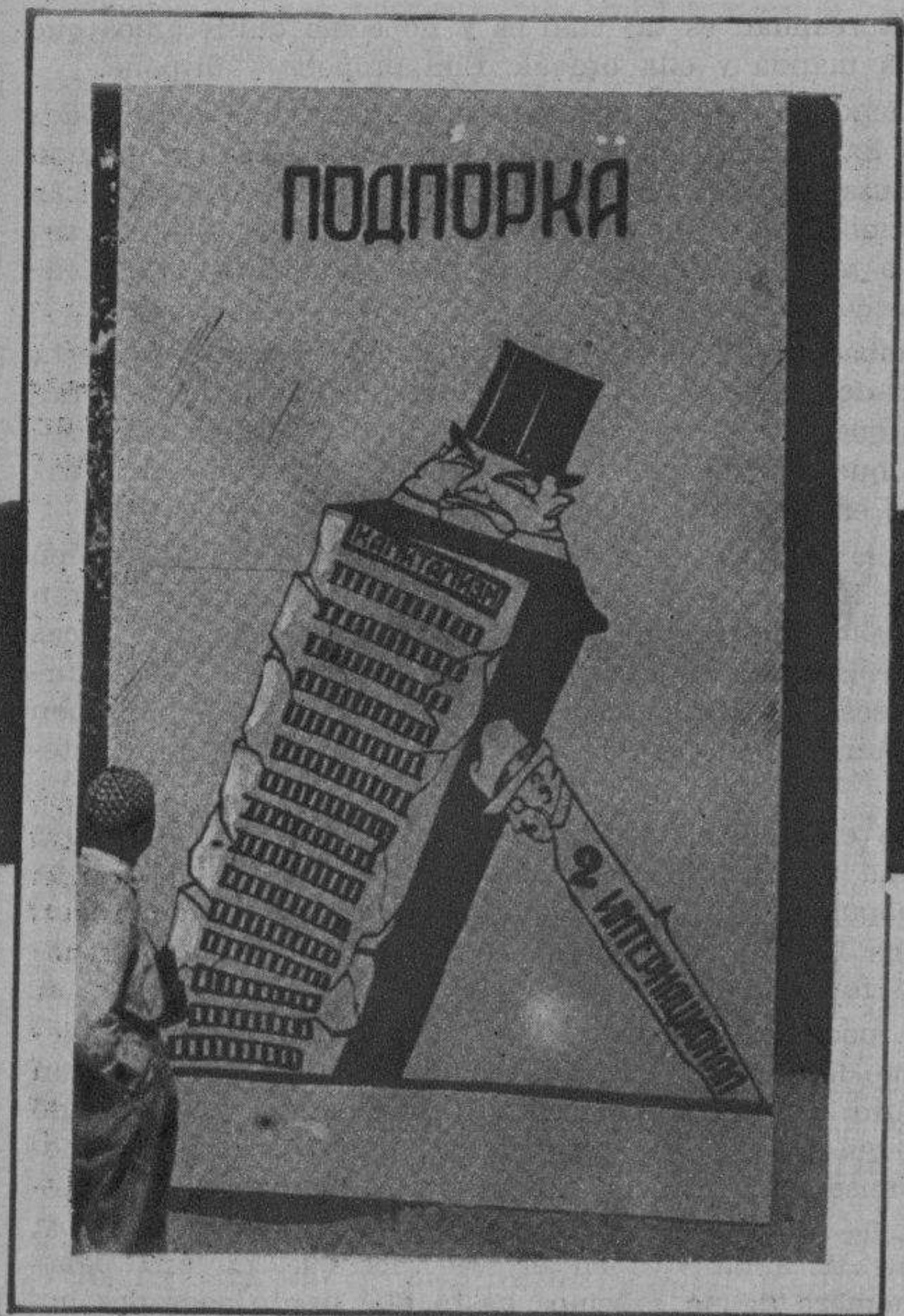
La luz, la claridad, sólo puede asustar a los murciélagos. A los topos, no. Y no los asusta porque no ven. A los ciegos de entendimiento, y hay muchos, no les asustarán las cosas que pasan; sí asustarán a los murciélagos.

Pero, ¿y a nosotros? ¿Asustará esta concreción y claridad que el pueblo exige a los hombres, no ya de la extrema izquierda en el más amplio sentido de la palabra, sino a los medianamente considerados liberales? De ninguna manera. Porque si les austase, probarían que de liberales no tienen nada.

Afirmemos, pues, el propósito de dar al pueblo cada día más orientaciones concretas.

Angel PESTAÑA

bajo el signo rojo



Pancartas de propaganda comunista:
El Socialismo sosteniendo al
Capitalismo



Leningrado.—La
marcha del pro-
letariado sobre
la capital



La Compañía del
Teatro Judío, de
Moscú, durante
una representa-
ción del «Dybut»

BAJO EL SIGNO ROJO

LA RUSIA POCO CONOCIDA. LA VIDA EN LAS CIUDADES. EL TEATRO JUDIO DE MOSCU

TENEMOS de la vida rusa una impresión gris. Todavía ignoramos qué ocurre en unas tierras en donde el obrero, el proletario intenta sobre la carne en vivo de sus semejantes, la más rara experiencia que vieron los siglos. Pero ¿en qué consiste esa experiencia? Esto es lo extraño, lo que, para nosotros temperamentos difíciles al mesianismo, permanece todavía oscuro, envuelto en nieblas septentrionales. El comunismo no es sino un intento preñado de promesas mesiánicas.

Pero lo decisivo, lo importante—lo grave, eso es, para los países capitalistas—es que a las órdenes de ese intento, entre las manos de quienes dirigen el vasto movimiento socializante ruso, se encuentra esa poderosa disciplina occidental — burguesa — que es la técnica. Y la técnica, puesta esta vez al servicio de un ideal mesiánico, se convierte en una peligrosa realidad.

Pero ¿es cierta, es tangible esa realidad al cabo de un buen puñado de años de esfuerzos y de sacrificios continuados? Rusia, en ese esfuerzo supremo, ha sacrificado incluso el derecho más inalienable del hombre, ese derecho en nombre del cual se hizo la revolución, la libertad. A cambio de este continuado desprendimiento ¿qué ofrece hoy Rusia a sus hombres?

«No es nuestra labor — dice uno de los más destacados dirigentes del partido—labor de un año ni de diez; las revoluciones son para los hijos de quienes las hacen, porque los Estados nuevos a que dan lugar no basta a estructurarlos la vida de un hombre». Así, el pueblo ruso vive hoy como ayer, bajo el dominio de la esperanza, soñando siempre en un mañana mejor, en realidades que no cuajan nunca. «Soñando, sí — dice un conocido propagandista ruso—; soñando, sí, pero trabajando.»

Y esto ya es una conquista para un pueblo reacio al esfuerzo continuado. Pero ¿y la esperanza? Un viajero francés escribía no ha mucho a este propósito: «Es en las ciudades de orden secundario en donde se observa que esta esperanza no es en un todo vana. En Ros-

tor, en la región del Norte cirasiano, la vida es más fácil, más suave. En las anchas avenidas, los establecimientos se encuentran repletos de mercaderías. La abundancia es sensible. Las gentes, pasean; las mujeres son más elegantes en sus «toilettes», los hombres más alegres. En la inmensa fábrica de máquinas agrícolas, los patios han sido convertidos en jardines. Abundan los cafés casi lujosos y las flores; en los clubs, el juego más favorecido por sus concurrentes es el ajedrez». ¿No es un signo, un síntoma, este predominio del más rancio y aristocrático de los juegos, en la nueva vida social de Rusia?

EL ARTE Y LAS RAZAS QUE PUEBLAN EL TERRITORIO DE LA U. R. S. S.

El comunismo ha permitido, al adoptar el sistema confederal, el resurgimiento de las múltiples nacionalidades cuya existencia se considera como uno de los más sólidos puntales del régimen. Hay alguna

nacionalidad, como la de Utrrania, cuyos emigrados han constituido en el exterior gobiernos y gobernadores puramente honorarios. En París, se reúne anualmente el ministerio de la Foreu Utrrania, que adopta determinaciones de gobierno que, naturalmente, no adquieren la menor vigencia.

La realidad rusa, ha obligado estas nacionalidades a desprenderse de romanticismos y a seguir en un todo al gobierno de Moscú.

Pero hay algún otro síntoma más sintomático del nuevo estado de cosas ruso: el reflujo del arte judío, en especial del arte dramático, que ha logrado imponerse en Europa por causa de su propio valer; junto al Teatro de Arte, de Moscú, y a impulsos de su propio creador, Stanislawsky, una compañía de Arte Hebraico, «Habima» ha logrado en unos pocos años dar estado internacional a lo que hasta el advenimiento del comunismo había sido sólo una esperanza. La Rusia de los zares había sido siempre hostil a todas las

tentativas de crear un arte nacional de los pueblos que formaban su vasto imperio. El antisemitismo ruso encamaba en aquellos fabulosos y cruentos «progroms» en los que perecían a centenares los judíos.

En 1917, un grupo de jóvenes hebreos quiso realizar el viejo sueño de poseer un arte propio. Stanislawsky les concedió su apoyo y puso al frente del movimiento a su discípulo Eugenio Wachtangoff. En poco tiempo, Wachtangoff logró reunir una compañía disciplinada y al cabo de un año de preparaciones y de luchas, el Teatro Hebraico de Moscú presentó su primer espectáculo.

No satisfecho con el triunfo obtenido, intentó poner en escena el drama profético «Dibutr», de An-sky. Ciento dos ensayos tuvieron lugar antes del estreno. Pero Wachtangoff no logró presenciarlo. Cuando el 31 de enero de 1922, ante un público numerosísimo, fué puesta la obra en escena y Stanislawsky fué a comunicar el éxito clamoroso a su discípulo enfermo Wachtangoff había fallecido.

El Teatro Judío de Moscú es otra de las instituciones de Arte rusas que más influencia vienen ejerciendo en el teatro moderno. Max Reinhardt ha dicho de él: «Esto es un arte superior; un arte sacro! Este arte es un milagro!» Ha recorrido buena parte de Europa y América y ha representado diversas obras de clásicos españoles. Una de las producciones de mayor éxito es «La corona de David», de Calderón.

J. R. de LARIOS

PANTALEONI H. NOS

Confecciones para Caballero y Niño
ABRIGOS los mejores

13 - PUERTA FERRISA - 13

LA CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA DIRIJASE
AL ADMINISTRADOR DE "LA CALLE",
PLAZA DE CATALUÑA, NUM. 9, 2.º, 2.ª - BARCELONA

la calle

Boletín de suscripción

D. que vive en
calle de pueblo de
provincia de se suscribe por
a la calle. Firma

Remítase este Boletín a la
Administración de LA CALLE,
Pl. Cataluña, 9.—BARCELONA

LAS OBRAS DEL "ORENSE-ZAMORA"

EL FERROCARRIL, TRIGEMINO DE GALICIA

NUEVAMENTE el centralismo vuelve a cernir una amenaza sombría sobre el porvenir de Galicia. La continuidad de las obras del ferrocarril Zamora - Orense - Santiago - Coruña está en peligro franco e inminente.

Lo presentan, por un lado, laudables propósitos de nivelación presupuestaria que animan al Gobierno. Por otro, la antigua desafección con que el Ministro de Obras Públicas distingue a esta magna empresa de engrandecimiento. Y amparándose en esta resuelta actitud de don Indalecio Prieto, viejos intereses capitalistas vinculados a cierta compañía privilegiada, se incorporan a la ofensiva que pretende ahogar en flor el más encendido anhelo de nuestro pueblo en esta hora.

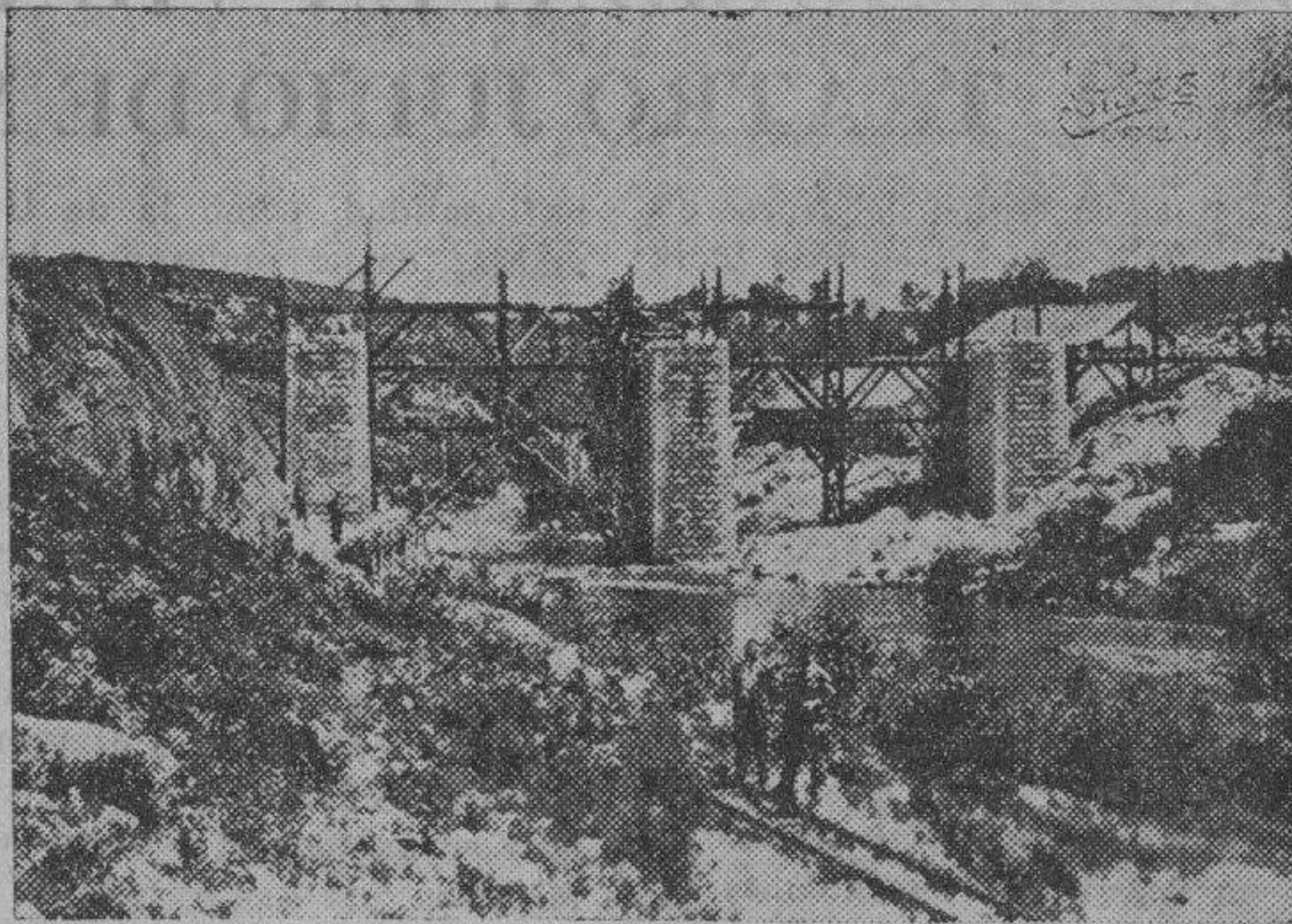
Galicia conoce el sesgo próximo de la maniobra y se dispone a combatirla. Por eso hace de ella su preocupación más honda. Ninguna otra cuestión conmueve hoy en las clases populares tan intensamente la fibra de la galleguidad. Díjase que el país tiene montada una vigilancia permanente para celar la demanda gallega, y salvarla de cuantos obstáculos se opongan a su consecución.

**

No hemos de entrar ahora a sopesar los guarismos de los técnicos. Llegan tarde para embarazar el curso de una obra, que ninguna objeción les mereció al iniciarse. Har debido hablar a tiempo, cuando la rectificación era oportuna y posible.

Galicia ya no puede escuchar sus voces interesadas y tardías. Ellos, al fin, como los demás, han de comprender que Galicia defiende una causa a cuya justicia toda razón debe rendirse.

Viniendo a esta región, cruzándola con el ánimo prendido

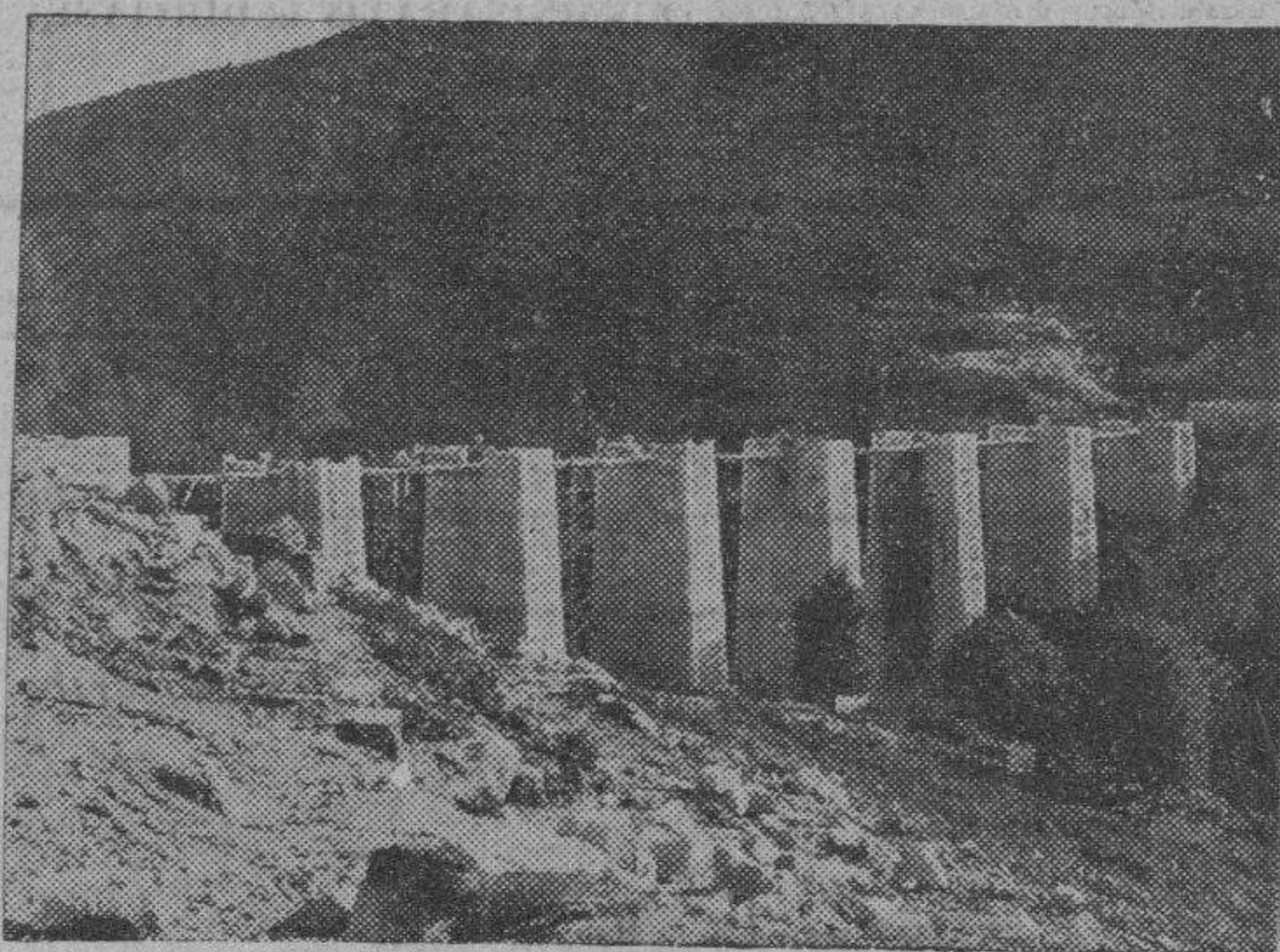


Viaducto que se construye sobre el río Arenteiro

a la contemplación de sus bellezas, aun el más extraño a ella se hace cargo de la justificación de los clamores que frecuentemente eleva, reclamando la europeización de sus comunicaciones. Sobradamente se explica, en verdad, que dando a su queja muchas veces acentos de agría irritación, Galicia reincida y persista en rebelarse contra el olvido en que se viene teniendo, ahora como antes, a la región que mayores beneficios económicos podría alcanzar, si fuese dotada de un sistema racional y eficiente de medios de transporte. Hay acumulado aquí un incalculable potencial de posibilidades — industriales, comerciales, turísticas, artísti-

cas, etc. — en espera del impulso mágico que haya de doblarlas y ponerlas en ejecución.

Esa realidad innegable de que la Naturaleza haya colmado en esta pródiga rotonda atlántica la medida de sus dones, es precisamente lo que hace más viva y vejatoria la preterición. Galicia cuenta tan sólo dos kilómetros de ferrocarril en funcionamiento por cada cien de extensión territorial, mientras Cataluña en igual proporción tiene ocho, y cuatro las restantes regiones españolas. Añádase a esto, que los escasos servicios ferroviarios gallegos se explotan en forma ineficiente y anacrónica. ¿Se puede, pues, por muy



Las obras del viaducto sobre el Agra, en Irixe

fundado que sea el propósito de cohibir los gastos del Estado, exigir de Galicia que renuncie a la solución de problema tan vital, como el de su comunicación ferroviaria directa con el centro de España?

**

El ferrocarril Zamora-Coruña, según expresiva frase de Castela a don Indalecio Prieto, «es el trigémimo de Galicia». Estas palabras revelan el grado de adhesión que el país gallego siente por la causa que ahora vuelve a estar en debate. Herir tan ardiente aspiración de nuestra tierra, es herir a Galicia en su entraña. Ella sabe bien que mientras no dé cima al magno empeño, habrá de resignarse a tener embarazado su porvenir y tullida su vida económica.

Pero la persistencia en tal actitud equivaldría, además, a prestar un deplorable servicio a la República. Esta cuestión, aparte sus aspectos económico y social, ofrece un notorio interés político. No se olvide que fué la Dictadura, remediando un funesto error de los gobernantes que la precedieron, quien puso en marcha esta antigua demanda gallega, y que, manejando con astucia este problema como banderín electoral, los residuos de aquel nefando régimen pudieron arrancar un acta para el señor Calvo Sotelo.

Imagínese el arma política que a tan funesto personaje, y a sus farautes de otrora en Galicia, habría de proporcionarles la República si de nuevo agudizase este magno pleito popular con una decisión hostil.

V. PAZ-ANDRADE

Vigo, enero 1932.

Anuncie usted en
LA CALLE

ESPAÑA ADENTRO

MAPA DE UN PUEBLO

MAPA de un pueblo abstracto, para que nadie se enfurruñe; MAPA social o topografía y geología moral de un pueblo; de aquel pueblo español de la Exposición de Barcelona, por ejemplo, que se hizo tan célebre.

De burgadas como la que vamos a enfocar está empedrado—es un decir, sólo un decir—el ruedo ibérico, especialmente la parte del mismo que podríamos llamar el tendido de sol, o sea, la andanada en que se hacina el pobrero hispánico: Aragón, Extremadura, la Mancha, Murcia.

Nuestro suelo social—el suelo social del pueblo de que hablamos—consta de tres capas: el substrato o subsuelo, el suelo propiamente dicho y la superficie relativamente aparente y brillante.

El subsuelo o estrato inferior lo constituyen los jornaleros, los braceros, que están la mayor parte del año en huelga de brazos caídos, no por falta de ganas de trabajar, sino porque no hay en qué ni dónde. Comen gazpacho, van medio desnudos, duermen en la paja. Sudan catorce horas por seis u ocho reales. Si sirven de mozos en una casa labradora, cobran veinte o veinticinco duros al año. Hacen la emigración temporera, pasando a Francia para las vendimias. Otros se quedan en Barcelona penando y echando el bofe. Los más audaces pegan el salto del charco y los tiburones de tierra o de mar se los tragan; en la pampa seguramente se pierden. La salvación de esta negrada está en un uniforme de guindilla, en una plaza fija de cobrador de "rippert" o de criado de casa acomodada.

Después de esta gleba, en la capa inferior del estrato medio se halla el artesanado: el carpintero, el herrero, el sastre, el zapatero, el albañil. Se construye poco, no se apuntala ni lo que se cae, se vive de cualquier modo y todas esas actividades pasan crisis. Suerte que con un pañuelito de tierra el alarife, el alfayate, el ataconador se van soñando.

Alguno de estos mortales dichosos coloca el hijo en una estafeta, en una oficina pública en que viste de señor. Pero, ¡ay!, eso a veces cuesta la honra de una hermanita desgraciada que servía etc. ¡Pobre de la que nació hermosa! Será indefectiblemente presa de lobos.

En la capa superior de la mesocracia se apelmazan los marchantes. El pueblo no consume y las tiendas venden poco y han de fiar. El droguero se ha de defender con la usura. Pero en este campo la competencia es grande. No se puede luchar con ciertos siervos del Señor que también prestan, ni con el maestro consorte a veces, que no hace nada y de otro modo no podría emborracharse. Hay que ganarles por la mano esgrimiendo el trabuco del préstamo a la dobla y del pacto de retro. Si con estas ferocidades Sylock triunfa, la Iglesia lo absolverá y lo bendecirá y casará la hija única con un médico, con un abogado, hasta con un militar—el supremo ideal de la chica.

Todo ese humus es la peana de tres pisos de los propietarios. Estos son pocos—media docena escasa—, pero escogidos. Los abuelos, por cuatro perras, se quedaron los bienes del clero cuando la desamortización. Los nietos guapamente se los han zampado y más que hubiere. Vegetan roídos de deudas. Con todo el patrimonio hipotecado, apenas encuentran quien les deje un duro para jugar al tresillo. Se acuestan a las dos de la mañana y se levantan a las dos de la tarde, cuando no lo hacen con el sol y la luna respectivamente. Abusan de la criada.—¿No es criada? Pues que críe—. Son semianalfabetos. No valen un cigarro. Sus vástagos son tan negados como ellos, pero el prestigio del nombre los salva del naufragio en el Instituto y en la Universidad y ganan en su día un registro, una notaría o un juzgado. Y vamos viviendo.

Angel SAMBLANCAT

UN problema es esto del paro forzoso; sí, señor; lo es. Lo reconocen los periodistas, los burgueses grandes y pequeños, los hombres de gobierno; sí, señor; es un problema. Pero, ¿para quién? ¿Lo es para la burguesía, tal vez? ¿Quizá para los gobernantes de este país? Ciertamente que hay burgueses que preferirían una vida de negocios activos a esta paralización reinante, pero no creo que lo consideren trascendental. Verdad es que el Gobierno tal vez preferiría que todo fuera bien a tener engorrosas dificultades, más no debe serle cosa muy trascendental cuando parece no haberse dado cuenta hasta hace unos días.

Siendo así, ¿para quién es el problema? ¿No podríamos admitir como posible que lo fuera para los parados? ¿Admitimos esto? Veamos. Cuando un trabajador de cualquier clase se queda parado—y hay en las capitales de España un promedio de una cuarta o una tercera parte de obreros parados, y muchos en el campo—lo primero que hace es gastarse las

TAL COMO VIENE...

UN PROBLEMA

economías—si las tiene—que en mucho tiempo y con mucho esfuerzo reuniera; si no las tiene o se le acaban procura acercarse a los familiares o amigos. Como no siempre se encuentran éstos o a veces se hallan en las mismas circunstancias que el que a ellos acude, tienen que buscar otros medios de vida. Antes todavía había algún medio con la venta ambulante; hoy ya no existe porque unos señores que se habían salvado del paro forzoso lo quitaron. A falta de esto pueden ir en busca del socorro oficial que aunque tengan que dar muchos pasos y reciban algún coscorrón al menos no tienen que temer ninguna indigestión. Pero todo no se acaba aquí: pueden ir a pedir limosna que los ricos disfrutan dándola o esperar a que los religiosos que están haciendo una colecta para los «pobres»...

curas les den lo que no les quepa dentro de las iglesias, aunque éstas son muy grandes. Y si los sacan del piso que van a dormir a la Plaza de Palacio y calles adyacentes que tienen mucha parroquia y la higiene no falta, pues las autoridades las hacen regar cada noche. Cuando aun no queda el recurso de morir de hambre; pero, ¡eso sí!, se ha de hacer sin armar ruido, no sea que despierte a los vecinos. No obstante lo dicho, todos los hombres cultos confían en que ningún parado tendrá el mal gusto de decir que en su casa hay miseria, ya que eso es hacer como los chiquillos mal educados que piden pan cuando tienen hambre; y haría mal diciendo tal cosa ahora que sabe que cualquier día puede llegar a ministro o presidente de la República, ya que tiene todas las facilidades.

A pesar de las «facilidades» de que disponen los sin trabajo o si pan para resolver su situación, habremos de admitir que para ellos es el problema. Y si a ellos les afecta no única pero sí principalmente, ¿por qué no lo resuelven? Porque yo siempre oí decir que nada mejor hecho que lo que se hace uno mismo.

Pero ya que los que más afectados son no lo arreglan, habremos de convenir en dejar que lo arreglen el Gobierno y las Cortes; pero nosotros, conscientes ante todo, comprendemos que a los pobres diputados y gobernantes se les ha hecho mucha barraga y no pueden desplegar la suficiente actividad en este asunto, por lo que les recomendamos a los parados tengan paciencia, mucha paciencia; quien sabe si un día estarán los gobernantes en idéntica situación a la suya y entonces podrán desplegar más actividad; aunque para entonces ya no hará falta porque si esto continúa así la mitad de los parados se habrán muerto de hambre y la otra mitad ha-

LA CAMPAÑA DE LOS CAVERNÍCOLAS

LOS cavernícolas continúan su campaña de agitación contra las Cortes, encubierta o descarada, según les conviene. Pretenden truncar la labor de las Constituyentes alegando que han defraudado a la opinión pública. En realidad, el descontento existe; pero sus razones son muy otras que las aducidas por la grey de reaccionarios que acaudillan Gil Robles y Royo Villanova.

Al divorcio entre el pueblo y sus representantes se ha llegado por la lentitud con que se realiza la tarea reconstructiva y por la falta de energía de que adolece el Poder para reprimir los desmanes de sus enemigos de la derecha.

Contrasta la persecución de los elementos extremistas de la izquierda, que se traduce en cárcel, con la tolerancia abusiva que se guarda a los reaccionarios, amos y señores del país, de sus instituciones y organismos vitales y enemigos irreconciliables de la República.

En casi todos los pueblos de España existen individuos que hicieron de la política un cómodo y productivo medio de vida. A estos caciques que se les continúa tolerando todo, por razones que el vulgo juzga inconfesables y que son debidas frecuentemente a contubernios políticos.

Estos sujetos sin moral cívica disponen de la fuerza pública, dominan la administración, tienen sometido el poder judicial y su voluntad omnímoda es la única ley que se acata. Votaron todos por la continuación de la monarquía, mas las ambiciones personales o de partido les han situado de nuevo en el lugar preeminente que ocupaban.

Claro está que el predominio de los caciques ha de sembrar el descontento en los pueblos.

En las grandes ciudades también se contempla con asombro la actuación descocada de las fuerzas conservadoras, que no vacilan un solo instante en acusar al pueblo de culpas que no le atañen.

Si los obreros actúan muchas veces bajo la presión de elementos inconscientes, incapaces de sujetarse a cualquier norma de derecho, justo es reconocer que en los conservadores no se observa tampoco el predominio del sentido común. Proceden, por punto general, con la misma insensatez que los dirigentes obreros a quienes atacan. Sus armas de combate son tan absurdas e ilógicas como las que pueden alegar los anarcosindicalistas. Y es que en las llamadas fuerzas vivas tiene también su base y asiento un sistema de Gobierno que podríamos llamar anarcoconservadurismo.

Los hombres representativos de las organizaciones patronales atienden únicamente a satisfacer sus ambiciones y vanidades, sin detenerse jamás a considerar hasta dónde puede llegar el derecho de los demás ni hasta qué punto puede lesionar la conveniencia pública la realización de sus propósitos.

Cuando esta masa burguesa frenética se adueña de la dirección de los elementos de orden, es tanto o más peligrosa en sus extremismos para la tranquilidad colectiva y el progreso del país, como puedan serlo los incapacitados líderes de las reivindicaciones proletarias.

Y a estos individuos se les halaga y alienta de una manera descarada cada vez que adoptan actitudes violentas frente a las disposiciones de los Gobiernos.

Del elemento clerical, otro de los enemigos de la demo-

cracia, no es necesario siquiera hablar. Procede con entera libertad a desprestigiar el régimen, apelando a todos los medios, sean lícitos o ilícitos, morales o inmorales. El fin justifica todos los sistemas empleados, aun aquellos que causan sonrojo y vergüenza.

Aprovechando el desconcierto y la desazón que este cúmulo de circunstancias, sumadas a la crisis industrial, originan en el país, el clero, la Banca, los plutócratas y reaccionarios de todo género pretenden exigir la disolución de la Cámara.

Creen que unas nuevas elecciones darán mayoría a las derechas y que así han de conseguir su propósito de que la República sea una monarquía sin rey.

Lo lamentable para esos señores es que se equivocan en redondo, pues el pueblo, la gran masa sensata, sabe distinguir perfectamente lo que son las equivocaciones rectificables de cuanto implica un progreso evidente. Los republicanos españoles no quieren que se disuelvan las Cortes sin que exista en vigor una ley sobre el divorcio, sin que se haya llevado a término la expulsión de las órdenes que admiten el cuarto voto y queden nacionalizados sus bienes.

Precisamente en el artículo 26 de la Constitución se preceptúa que las Cortes Constituyentes han de dictar una ley especial ajustada a las bases aprobadas por la Cámara.

Lo que en realidad pretenden los reaccionarios es impedir que los preceptos constitucionales que implican concesiones a la democracia y al proletariado entren en vigor. El ideal de las derechas sería que la Constitución actual se convirtiese en letra muerta para el Poder, como lo fué la de 1876 desde que se promulgó hasta la expulsión de Alfonso.

Y cuando el pueblo se capacite plenamente de este deseo y vea llegada la hora de defender las conquistas mínimas consignadas en la Constitución, formará el frente único, borrando ideas y matices, para votar en republicano por la libertad y por la República.

Los reaccionarios, sean católicos, carlistas o fabricantes, deben amoldarse a la nueva situación que les suprime algunos privilegios injustos, pero les asegura el pacífico ejercicio de sus derechos y el eficaz cumplimiento de su misión social.

Si no se resignan, como hasta el presente, y continúan sus ataques e injurias al régimen, es probable que su actitud de intransigencia provoque un movimiento político todavía más avanzado que les haga comprender que su campaña fué suicida.

La propaganda disolvente es un arma de doble filo que hiere muchas veces a quien la emplea con fines aviesos.

Y los republicanos, a pesar de los desaciertos en que haya podido incurrir el Gobierno, conocemos perfectamente los procedimientos monárquicos y sabemos lo que significa vivir bajo un régimen republicano y parlamentaria, para dejarnos arrollar por quienes carecieron de argumentos y de valor para luchar por sus ideales.

Adrián VILALTA

LA CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA DIRIJASE
AL ADMINISTRADOR DE "LA CALLE",
PLAZA DE CATALUÑA, NUM. 9, 2.º, 2.ª — BARCELONA

brá encontrado trabajo para enterrarlos.

Mas, dejando de lado estas consideraciones, reconozcamos que este problema tiene remedio. Y no uno, que tiene muchos. Algunos de ellos son suaves, armoniosos, que producirían el contento de todos... los que no trabajan y gravarían muy poco a los que todo les sobra. Otros son «violentos»,

particularmente según la opinión de los que tienen su casa bien surtida de manjares; aunque para estos cualquier remedio eficaz que se ponga en práctica para remediar tanta miseria resultará «violento».

He dicho que existen muchos medios de resolver el problema, y lo repito; es más, estoy dispuesto a probarlo.

Ahora que estando las inicia-

tivas y los medios de llevarlos a cabo en manos del Gobierno, exponiéndolos no se sale de teorizar en vano. Resultaría lo de aquellos ratones que acordaron ponerle un cascabel al gato.

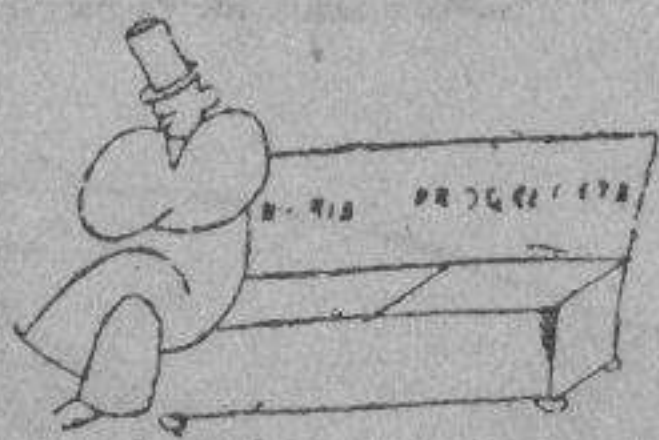
Ya sé que a muchos «hartos» no les suena bien la música de estos artículos, pero es éste un problema tan grave, de tal magnitud que por una vez en

la vida vamos a estar de acuerdo actualmente es el único prodigio con Prieto para gritar que blema verdadero.

Y si no estais bien convencidos poneros en contacto con las familias obreras, con todos los que esconden su miseria y con los que la muestran, y tendréis ocasión de hacer mucha «literatura» realista.

VALENTIN OBAC

La calle de la amargura



EL jefe de la minoría progresista señor Castrillo, lucha denodadamente por contener la terrible desbandada que ha producido en sus huestes el discurso de don Miguelito Maura.

Don Carlos Blanco, con el mayor contingente de las fuerzas organizadas del «progresismo» se pasa presuroso al naciente partido «Conservador republicano»... subyugado por la cálida y gubernamental oratoria del hijo de Maura...

Es lo que debe pensar don Carlos Blanco...—¡Si los progresistas, con Maura, o con quien sea, llegamos a gobernar... habremos progresado... que es lo que se trataba de demostrar...!

**



Por cierto que de entre las variadas y sugestivas críticas, de todos los estilos y para todos los gustos, que ha merecido el discurso de Maura, la más temible e inquietante es una que de hecho no se ha producido.

Es fácil suponer que nos referimos al grave silencio de don José Ortega y Gasset... que es como si dijéramos una acervada crítica negativa... porque, si tanto calla quien tanto habló... ¿qué cosas no tendrá que decir...?

**



Pero a todo hay quien gana... Don Juan Ventosa y Calvell,

último ex ministro de Hacienda de la monarquía también ha dicho lo suyo... Empezó su «patriótica» conferencia del Círculo Mercantil, afirmando que siempre había servido al país con lealtad y que está dispuesto a seguir sirviéndole...

Para confirmar esta sugestiva aseveración el señor Ventosa peroró durante dos horas en tono... servicial.

**



Jugando con fuego se confía uno a veces tanto, que llega a convencerse de que el fuego no quema.

Menos mal que siempre hay quien hace de abogado del Diablo y nos recuerda la fuerza destructiva del primer elemento.

Por esta vez le ha tocado el turno al diputado señor Botella... famoso ya por sus botellazos parlamentarios...

Nada menos que se le ha ocurrido a este señor diputado, ante el estupor de la Cámara que votó valientemente el artículo 26 de la Constitución... recordar que dicho artículo 26 fué votado para ser practicado... ¡Los hay imp'acables...!

**



Curándose en salud... los santos padres J. J. han formulado un voluminosísimo alegato, avalado con las más autorizadas firmas jurídicas... o más claramente dicho por las más elevadas cuotas de la abogacía...

¡A precario, como siempre!

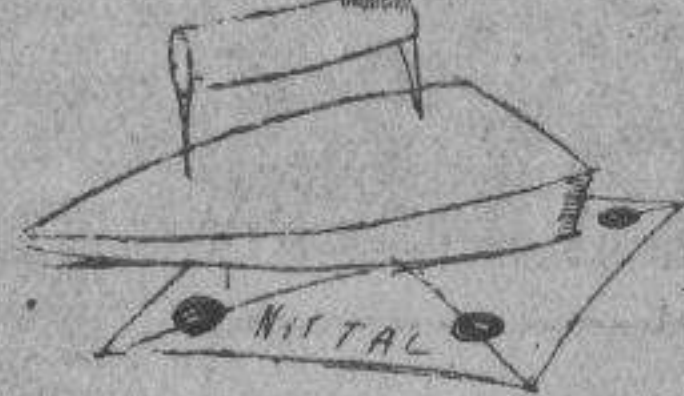
**

Es incomprensible la obstinación de estos benditos en permanecer más y más tiempo en un país que al fin habrán de abandonar... y ello es más

notorio por cuanto a la larga representa un sacrificio... más.

Si al marcharse estos padres se les han de confiscar los bienes es evidente que cuanto más tarden más cuantiosa será la confiscación... a juzgar por la rapidez adquisitiva de estos santos varones...

**



El magnífico «jabalí» que es don Rodrigo Soriano, está desacreditando esta raza de tan gloriosa tradición parlamentaria y cuya conservación tanto interesa a las honestas funciones de la República.

La última gran plancha de don Rodrigo ha sido el proceloso asunto Nistal.

La terrible acometida del jabalí ha dado en el vacío y ha sido tan contraproducente como equivocada.

Porque es evidentemente erróneo querer matar las gallinas a tiros... pero no por ello hay que desechar otros procedimientos más razonables. Y más parlamentarios.

¡Al buen entendedor!

**

Doña Clara Campoamor secundada por el doctor Juarros explanó una interesante interpelación sobre la prostitución en España, algunas de cuyas pavorosas cifras produjeron la hilaridad de la Cámara.

Aunque como dijo muy bien la señorita Campoamor habrá producido esta hilaridad fuera de las Cortes cierta tristeza muy justificada.

Cosa que no le sucede a su hermanito, nombrado gobernador civil.



—De modo que a usted, don Alejandro, no le gusta el ojeo...

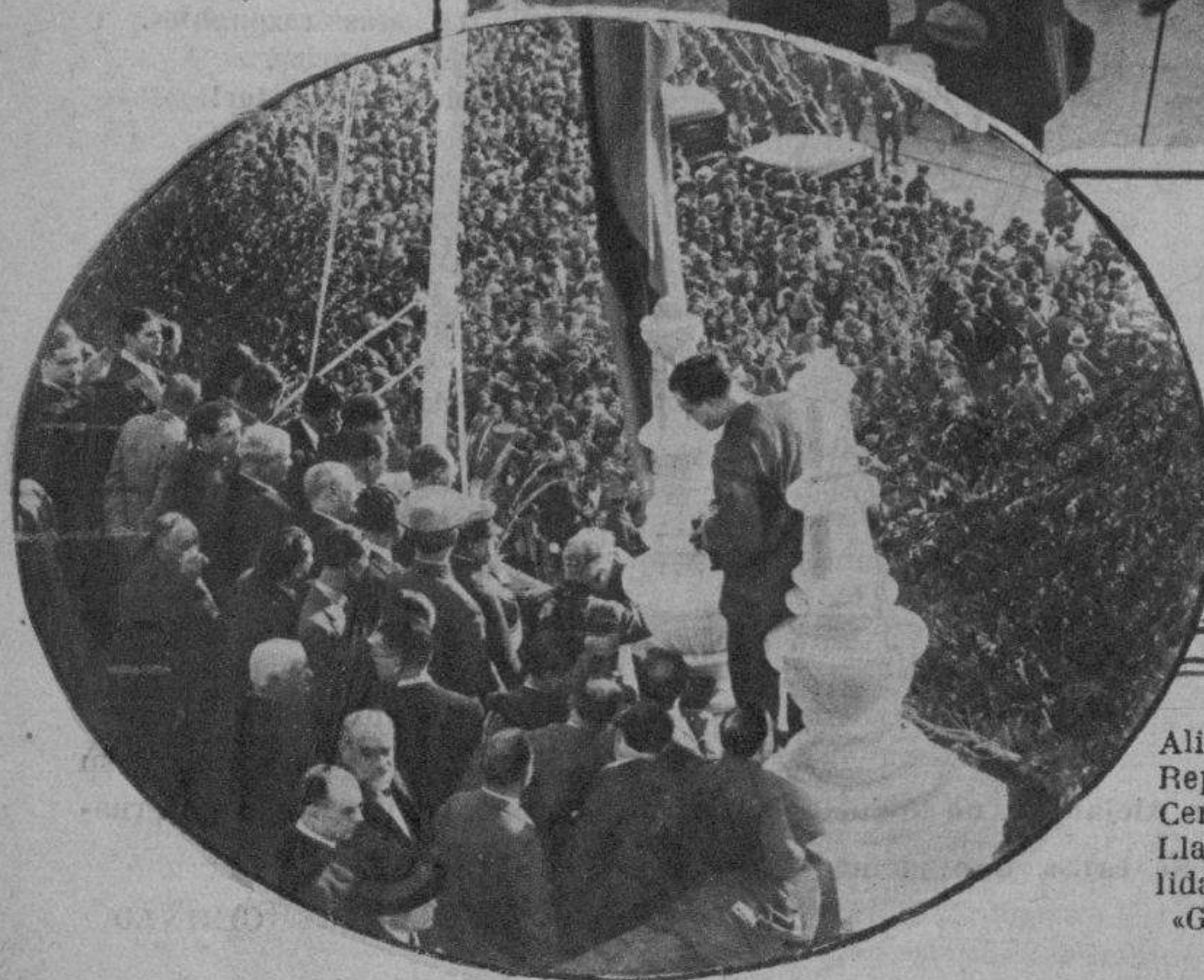
—No; prefiero la espera. Se cansa uno menos y es más segura la pieza.

El triunfal viaje del Presidente de la República a Alicante y Elda



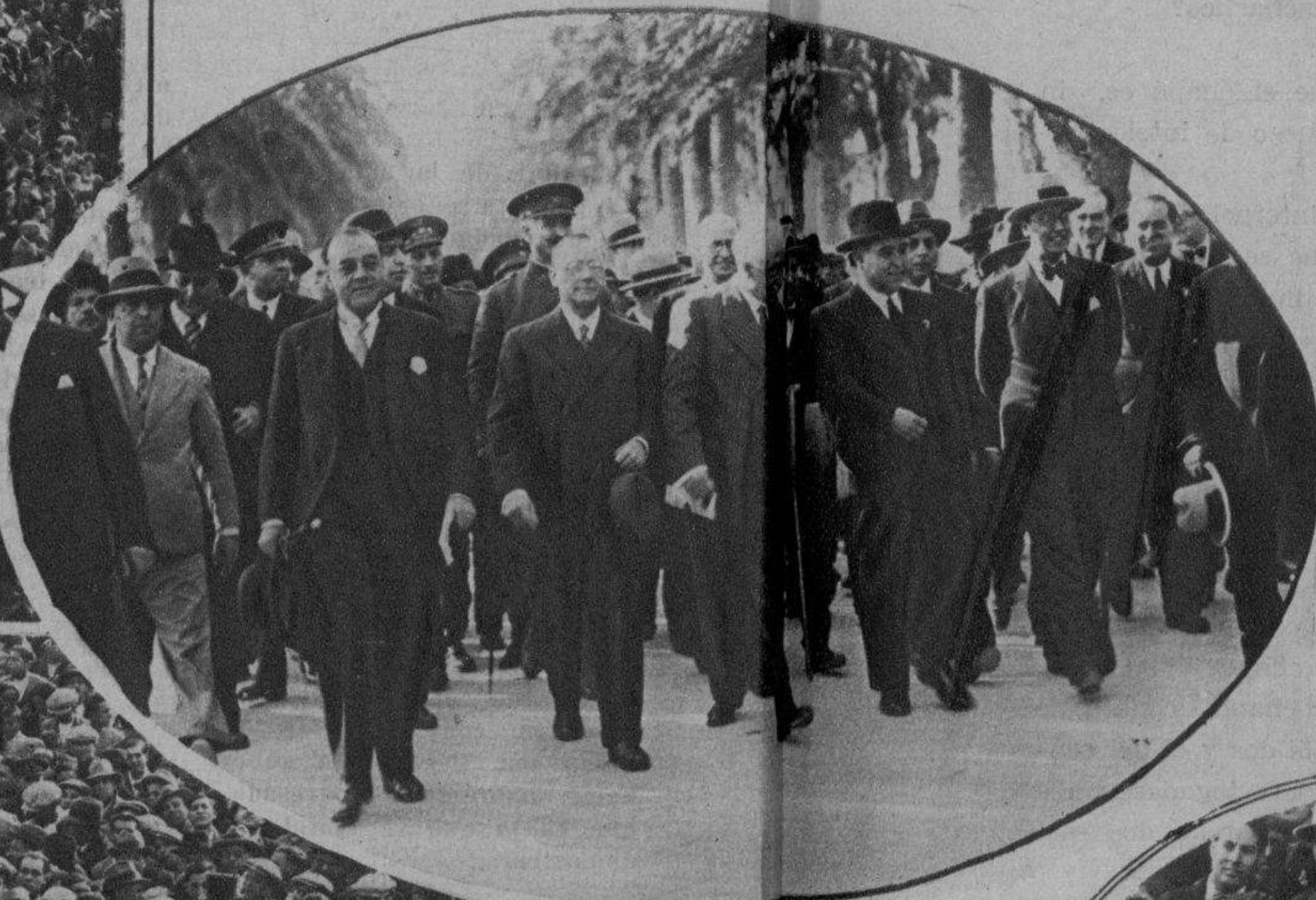
Alicante. - He aquí el momento en que, al llegar a esta ciudad, el automóvil presidencial y los de su séquito, se abrían paso difícilmente entre la muchedumbre que aclamaba fervorosamente al jefe del Estado. - (Fot. Vidal)

Elda. - El pueblo en masa, tributa un recibimiento apoteósico al Presidente de la República. - (Fot. Piortiz)



Alicante. - Don Niceto Alcalá Zamora, presenciando, desde la tribuna levantada al efecto, el desfile de las tropas, que le rindieron honores, a su llegada. - (Fot. Vidal)

Alicante. - El Presidente de la República, con el almirante Cervera, el general Queipo de Llano y otras ilustres personalidades, visitando el submarino «G - 6», surto en este puerto. - (Fot. Vidal)



Alicante. - El jefe del Estado, paseando a pie por las calles de la población. - (Fot. Vidal)

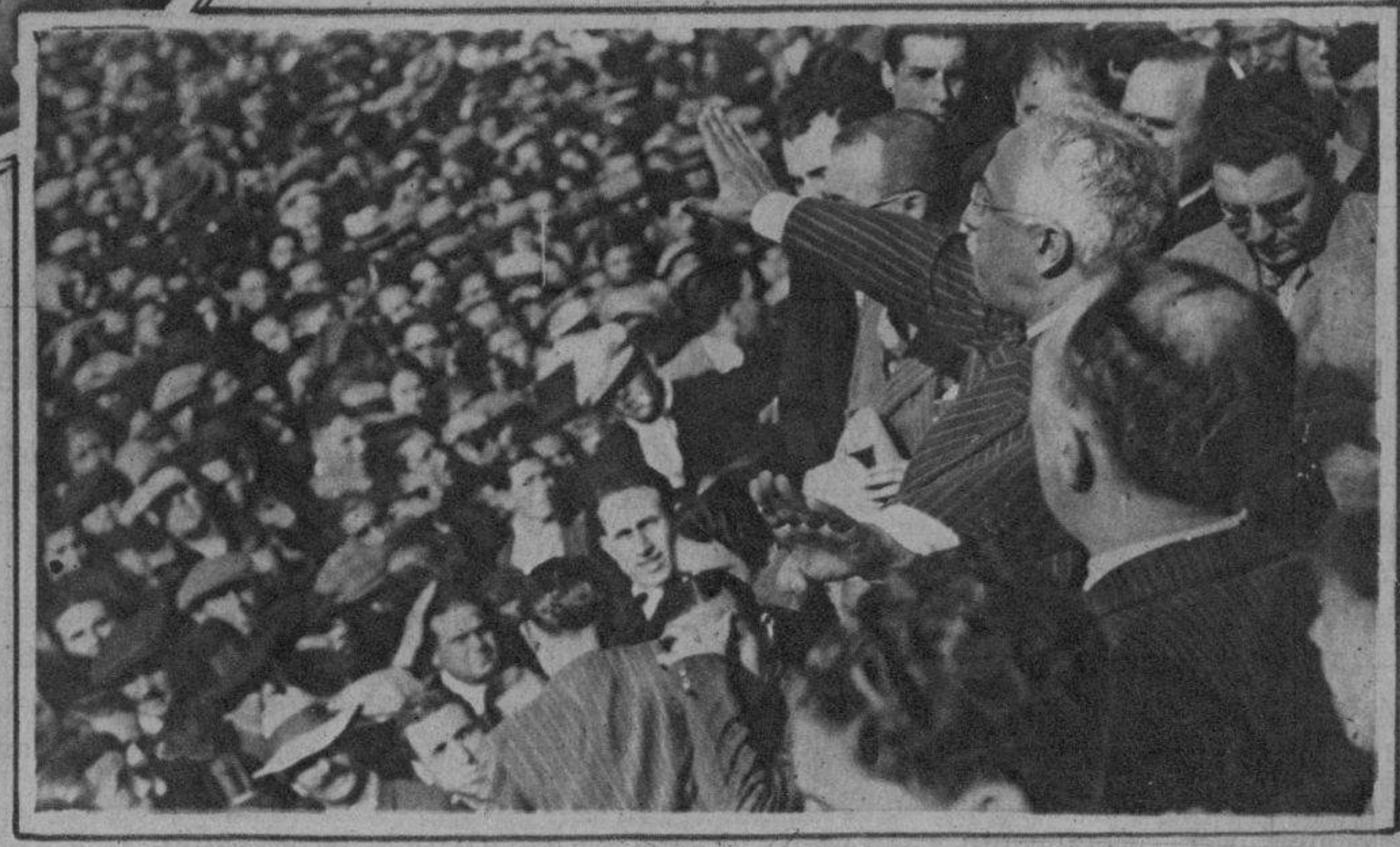
Elda. - Acto de colocar la primera piedra del monumento a Castelar. - (Fot. Piortiz)



Alicante. - El Sr. Alcalá Zamora, rodeado de las bellas muchachas que interpretaron, en su honor, los típicos bailes regionales. - (Fot. Piortiz)



Elda. - La Plaza de la República, vista desde el interior del Ayuntamiento, mientras desde un balcón del mismo el jefe del Estado dirigía la palabra a la multitud. - (Fot. Piortiz)



Elda. - Un momento del discurso de D. Niceto Alcalá Zamora. - (Fot. Vidal)

REPORTAJES DE "LA CALLE"

BILLARES

EN el café X verán ustedes a los ases del chapó.

—¿Decía usted, señor?...

—Chapó. ¿Pero es que no conoce usted ese juego?

—Confieso que no.

—Pues es algo muy divertido; como las carambolas, pero un poco más fino.

—Fino, en el sentido...

—De más atención y elegancia en las jugadas.

En un café de las Ramblas barcelonesas hemos sostenido esta conversación con un buen burgués. Cigarro, copa y una ojeada a los periódicos comedidos.

Después, uno de los socios del café X nos presentaba:

—Don José Rojas, jugador del chapó hace la friolera de cuarenta y un año.

Se sonroja como una doncella a quien se la declarase el mancebo, al conocer nuestros propósitos. Pero lo curioso es que, en su aturdimiento, todo un técnico no acierta a explicarnos detalles del juego al cual él consagra toda una vida.

—Miren ustedes—dice señalando a un hombre que juega en otra mesa cercana—. Aquel señor se llama don Antonio Pastor, juega hace veinte años, y el que se encuentra a su izquierda, don Pedro Fuentes, quince.

—¿Y cómo les ha dado a ustedes por esto?

El interpelado ha cesado de liar un cigarrillo, se me queda observando fijamente y me dice:

—¿Usted cree que hay algo más interesante?

Yo no sé qué decirle; asiento:

—¿Más interesante? Imposible.

Los otros campeones, que se han aproximado, y mi interlocutor, ríen jovialmente.

Carambolas y chapó. - Cuarenta y un años jugando día por día. - El juego de intelectuales. - Los deportes. - Campeonatos. - El viejecillo de las doce pesetas

—Hay que tener un poco de distracción...

Llaman un poco de distracción a cuarenta y un años jugando diariamente, sin interrupción.

unas escalerillas y nos sorprende la decoración de una muchachada esparcida entre 17 mesas de billar.

Ahora conversamos con un dependiente del café que lle-

—¿Por qué motivo en las carambolas todos los jugadores son muchachos?

Y añadió:

—¿Es que el chapó es, sin duda, un juego de intelectuales?

Ríe mi interpelado con ese aire del que se sabe un técnico en la materia.

—Miren ustedes. Las carambolas es un juego mayormente gimnástico, sin derrame cerebral. Un entretenimiento en una palabra. He ahí el porqué de los muchachos.

—¿Quiere explicarnos qué es eso del chapó?

—En el chapó, cada palo que cae vale dos y el del centro cinco. Las jugadas son a tres tantos. A real, dos reales, según...

—¿Y cuántos señores intervienen en el juego?

—Hasta seis. Tres contra tres.

—¿Mucha afición?

—Hombre... Esto había que haberlo visto hace quince años...

Los ojos del simpático viejecillo se avivan.

—Ahora—continúa—, ¿qué quiere usted con tanto deporte?

—¿Y el "cinema" sonoro también?

—Naturalmente, señores; todo, todo.

—¿Y no se organizan campeonatos que sirvan de estímulo?

—¡Psch!... El Club Barcelona se enfrentó, en un campeonato de billares, no hace mucho, con otro Club de Egipto, en el cual tomó parte el campeón del mundo y profesional señor Soma, del ya referido país, pero naad más. ¡Mis tiempos!... ¡Mis tiempos!...

—¿Se gana bien la vida?

El viejecillo dice con un



ESTE SIMPATICO PROFESIONAL QUIERE HACER VER A NUESTROS LECTORES LA ELEGANCIA SUPREMA DE UNAS CARAMBOLAS

Los otros amigos nos ofrecen al fotógrafo y a mí unos "caliqueños", entusiasmados de que, por fin, un periodista venga a ocuparse de ellos.

Luego descendemos por

va cuarenta y un años prestando servicio en los billares. Un señor que habrá visto hacer, seguramente, millares de carambolas.

Le pregunto:

EL JAPON REPUBLICANO

OTRA MONARQUIA EN CRISIS



El Emperador Hito Hito

EL nuevo intento de regicidio registrado en Tokio hace unos días, pone al descubierto la gravedad de la crisis porque pasa la institución monárquica en el Japón. En dos años han sido tres los atentados cometidos contra la persona del Emperador. En dos mil años de dinastía no se había llegado jamás a osadía semejante. El hecho es consecuencia del avance veloz e incontenible de la idea republicana en todo el mundo, pero especialmente en Asia, donde unas cuantas décadas de apostolado republicano bastaron para abatir una dinastía milenaria, la de China, y está próximo a abatir el poderío del Mikado, institución de abolengo también milenario, que une a su fuerza material, basada en los intereses y en las oligarquías, el prestigio de su origen divino, según la tradición nipona.

El avance de las ideas nuevas se ha abierto en todos los pueblos de Asia tan ancho cauce, que posiblemente en ellos se van a registrar las experimentaciones sociales y los cambios políticos más interesantes de nuestro siglo.

La crisis del espíritu monárquico en el Japón se inició hace escasamente diez años. Antes, desde 1900, ya los métodos de libre examen y de crítica política importados desde Europa al gran pueblo asiático habían creado una minoría inteligente que soñaba, como en una aspiración remota, en la República. La victoria sobre Rusia en 1905 apagó la tímida protesta de los republicanos, y el Mikado, rodeado de sus generales y sus marinos triunfadores, se apareció ante el pueblo embriagado por el éxito, como el único poder legítimo y posible.

Fué después de la guerra mundial, y después también de la gran conmoción bolchevique, que tanta repercusión ha tenido en todo el continente amarillo, cuando se inició la verdadera crisis monárquica del Japón, con la formación de grandes partidos de oposición y la existencia de un extendido y difuso estado de protesta contra las instituciones seculares que mantienen al pueblo en la ignorancia y en la servidumbre.

Con la crisis de la monarquía, puede considerarse fracasada toda la organización orgánica y fantasmagórica del Japón. La quiebra del espíritu religioso, base de toda la organización política,

La doctrina de Confucio daba a los japoneses resueltos sus problemas éticos y sociales, sus conflictos políticos, sus cuestiones de conducta. Resultaba inútil pensar, pues, la sabiduría divina, condensada en Confucio, señalaba ya el límite de lo abarcable por el hombre. «Detente aquí—venía a decir—y reverencia y acata lo que se te ordena». Y el japonés, se inclinaba ante las máximas sublimes, y las cumplía.

La fe, negación de la razón, hacía en Asia la misma función opiácea, adormecedora que en Occidente.

Así fué la vida hasta que las juventudes universitarias y una «élite» inteligente y sensible, arrojando el lastre de Confucio y de Buda, sometió a rigurosa crítica sus instituciones y sus doctrinas seculares, reivindicando los derechos de la libertad y de la democracia frente al bonzo ignorante y fanático y al zamuray despótico.

Para salir al paso de la campaña demodora, el Mikado ha imaginado un plan diabólico. Ha vuelto la mirada hacia los viejos ideales imperialistas y guerreros y busca una guerra que distraiga a su pueblo de las corrientes nuevas y sacudiendo el pozo emotivo de las viejas creencias, opere una reacción nacionalista y conservadora.

Para este intento la China es la mejor víctima. Atomizada, sumida en la anarquía, sangrante, no puede ofrecer resistencia ante el Ejército del Japón.

De ahí que mientras en las cancillerías se trabaja para

procurar al conflicto chino-japonés una solución, las tropas niponas avanzaban sin tregua en la Mandchuria.

El Emperador Hito sabe bien que tiene en riesgo la corona y la defiende. La guerra victoriosa sobre China, seguida de anexiones territoriales, devolvería al Mikado parte de su prestigio. Sería la vuelta de las divisiones victoriosas, desfilando al son de los clarines bajos los arcos de triunfo; los relatos emocionantes de los hechos heroicos; la hipestesia de los himnos vibrantes. Luego, el recuerdo de la sangre vertida que hace a los patriotas rencorosos y que previene al pueblo contra las predicaciones pacifistas...

Algunos periodistas, amigos de fantasear sobre lo que ignoran, han hablado de la necesidad de expansión territorial que empuja al Japón hacia Mandchuria. Embuste insignificante. La Mandchuria ancha y pródiga, de llanuras fértiles, de que hablan, no existe. En toda Asia no hay una hectárea de terreno habitable que no esté superpoblada.

Sólo el afán imperialista es el que está preparando en Asia la gran guerra. Europa cometerá un verdadero crimen si no pone al descubierto las intenciones ocultas del Mikado y se opone resueltamente a ellas.

Con el hundimiento definitivo de esta gran monarquía zozobrando, habrá desaparecido uno de los más serios peligros que amenazan la paz del mundo.

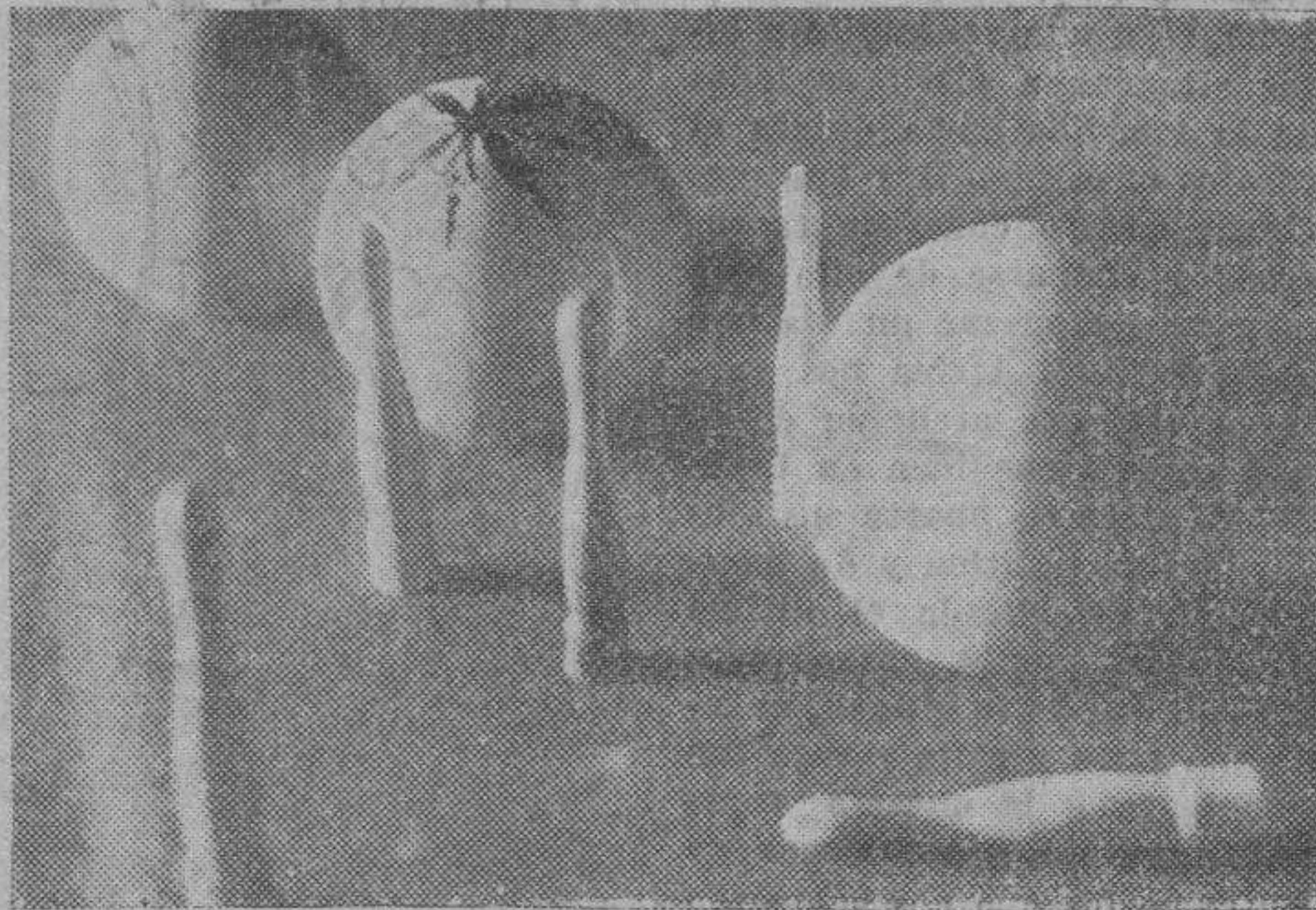
A. MARTINEZ TOMAS

aire de hombre despreocupado ante los problemas de la vida:

—¡Psch!... Unas doce pesetas diarias.

—Vamos, hombre, que no está del todo mal un jornal diario de doce pesetillas. Cuántos hombres de carrera se conformarían con la mitad. ¿En su tiempo no se ganaba tanto?

El viejecillo sonríe ahora, recreándose en mis últimas palabras. Y es que piensa como nosotros, que doce peseti-



UNA HABILISIMA JUGADA DE CHAPO

lias y resguardado del frío y de la lluvia no está del todo mal.

Vamos, que se puede ir tirando de esta cochina vida.

Luis Sáinz de Morales

Anuncie
usted en
LA CALLE

SILUETAS PARLAMENTARIAS

INTERPRETACIONES ARBITRARIAS DE LA SEMANA

MARBUECOS se asoma a la actualidad con la fuerza de los mejores tiempos, en la Prensa y en el Congreso. No el Rif mojado en sangre y temores, sino el Protectorado en calma que todos queremos conservar. Difícil problema este que hasta ahora quisieron acaparar unos cuantos que asimismo se titularon africanistas, como si aquello fuera muy difícil de comprender. Africanista lo es cualquiera que con afán de enterarse de las cosas, permanezca allí unos días sin

ca un pensamiento desconsolador, los diputados una convicción de rivalidades peligrosas y los escritores han señalado cuanta es la dificultad de llevar a tierras protegidas y primarias esos pequeños pleitos de política local que no deben salir de las fronteras nacionales.

Pérez Madrigal atacó a uno, Soriano al contrario... Nos daban la sensación de aquellos dos periodistas de la novela famosa, que viajaban en el mismo vagón del ferrocarril y



SALAZAR ALONSO

a veces. Allí, además, existe un nacionalismo naciente que es moda en la juventud (cuidado! Los golpes de pandero y las danzas parlamentarias lle-

gan y se expanden. La ciudad mora y el campo, no son ya aquellos que sólo tenían un interés guerrero o turístico. Nuestro rango internacional



PEREZ MADRIGAL Y RODRIGO SORIANO

dejarse envolver por el corro de los chismosos. He ahí la clave. Los chismosos que en Africa son legión española e indígena.

Han ido a la ciudad de las casas blancas y los negros, Fernando de los Ríos, Pérez Madrigal y quizá Soriano, y los tres han interpretado la situación en formar parecida; otros que por allí estuvieron largos años han sacado consecuencias y de todo se derivó una sesión llena de enseñanzas y unos artículos periodísticos que dijeron mucho más que las palabras.

El ministro se trajo de Africa las impresiones más

opuestas porque cada uno iba asomado a una ventanilla y éstas situadas a distintos lados de la vía. Sea como quiera el caso es el mismo. Hay que rectificar en eso como en tantas cosas y ocuparse de ello sino queremos tropezar un día con algo terrible. Africa nos observa con una atención de la que no se tiene idea en España. El moro no aparta sus ojos de nuestra política y de nuestras figuras. Desde el último rincón del monte, desde todas las celosías de la ciudad, el indígena mira y calla y raza tan semejante a la nuestra, tiene ironía pareja y ramalazos de ira como los que nos acometen



CESAR JUARROS

EN EL MOMENTO IDERO

LA duplicidad, y aun "triplicidad", de cargos y empleos más o menos remunerados de algunos hombres del nuevo régimen ha sido causa de críticas, comentarios y aun campañas de Prensa.

Comentándose esto una tarde en el "bufet" del Congreso, Eduardo Barriobero recordaba una anécdota de Cánovas del Castilla.

Siendo este hombre público presidente del Consejo de ministros, dió un alto cargo, en Gobernación, a uno de sus sobrinos, que ya disfrutaba de una gran bicoca en otro departamento ministerial.

Como es consiguiente, el hecho fué comentadísimo en todas partes. A la noche siguiente de aparecer en la "Gaceta" el nombramiento, el señor Cánovas asistió a la función del Teatro Español.

En uno de los entreactos pasó al palco que ocupaba la duquesa de Denia—con la que tenía gran amistad—a ofrecerle sus respetos.

Apenas cumplida esta cortesía, la ilustre dama, "que no se mordía la lengua", amable y sonriente le dijo:

—Vamos, vamos, don Antonio... Ya lo he leído esta mañana en los periódicos... Buena canongía le ha dado usted a su sobrino... ¡Cómo se protege a los parientes!...

Y Cánovas, también amable y sonriente, le contestó:

—Señora duquesa, Jesucristo, lo primero de que se preocupó fué hacer santos a sus parientes, como Santa Ana, San Joaquín, etc.... Si esto hizo el padre de los justos, ¿que no ha de hacer un pobre pecador como yo?...

COMO EL BATURRO DEL CUENTO

Al artículo de la Constitución sobre la separación de la Iglesia y el Estado, el señor Royo Villanova presentó, como es sabido y como hemos dicho en otra ocasión, numerosas enmiendas, que defendió con heroísmo oespartano.

Y como también es sabido, el señor Pérez Madrigal—jabalí de estas Cortes por derecho de conquista—se propuso no dejarle en paz, interumpiéndole a cada paso, sin que por ello lograra desconcertar al ilustre catedrático... Una de estas interrupciones fué tan estridente que apagó por completo los rumores que don Ricardo había despertado en la Cámara.

Y, tranquilamente, volviéndose al señor Madrigal, recordando, sin duda, a su paisano el baturro del cuento, le dijo:

—¡Chufia, chufia, que como no te apartes tú!...

COMO TODOS LOS QUE SON ANALFABETOS

Estas interrupciones—sigamos con el señor Pérez Madrigal—le conquistaron desde los primeros momentos los más fieros enemigos de la gente de derechas.

radica precisamente allí. Los Altos Comisarios y los generales tienen que tener el tacto supremo que no se adquiere más que abandonando en Madrid la vanidad y el rencor.

La semana, perdida como la anterior, ha tenido su desenvolvimiento parlamentario en el estéril debate sobre los cementerios, sobre las tapias que separan a los muertos, sobre las cruces o columnas que se erigen sobre las tumbas. ¡Aquí que tantas cosas pasan entre los vivos y los que se obstinan en querer vivir, perdemos las horas hablando de los que pasaron! Qué más dá. Cada uno debe ser enterrado o quemado según quiera cuando puede querer. Es muy típico esto de no tener ni dos reales para un

mendrugo y ocuparnos de los que nada necesitan; sólo que les dejen en paz. Da verdadera lástima contemplar a hombres inteligentes consumir sus energías sobre las losas funerarias. ¿Presupuestos, ley electoral, economía, industria? Nada parece valer ni significar. Alzanse los cipreses, brillan mármoles bajo la luna y las almas desprendidas de la materia van errabundas y tristes porque al lado de su carne que pudre se puso otra carne que en su instante de hielo no tuvo sobre sí la mano bendicidora. Ello demuestra toda la calma de un Gobierno optimista que dormita sobre el volcán.

Y no es esto solo. También hemos perdido el tiempo en los pasillos para que la semana

No faltó quienes hicieron averiguaciones, buceando en su vida privada, para ver si conseguían descubrir algún punto vulnerable con que atacarle y, sobre todo, "para desnudarle" en pleno hemiciclo, como decía un cavernícola.

Y se averiguó que en sus luchas por la vida, el señor Madrigal había sido agente de seguros, empleado en el Banco Urquijo, escribiente en escritorios particulares y hasta empleado en las oficinas de "A B C".

Esto último regocijó a sus enemigos, fueran o no diputados, hasta el punto de que una tarde, en vísperas de las vacaciones parlamentarias, un redactor de dicho diario, encontrándole en los pasillos de la Cámara, le dijo, con cierta sorna:

—¡Vamos, vamos, señor Madrigal!... ¿Con que hemos pasado por el "A B C"?

—¡Claro, hombre!—le contestó el estridente padre de la patria—. ¡Como usted!... Todos los analfabetos tienen que pasar forzosamente por el "abecé"...

EMPIEZA CON SINTOMAS DE PODREDUMBRE

El último discurso del señor Maura, en el Cine de la Opera—¡todo es música!—ha sido causa de la división del partido progresista.

Se reunió la minoría de este partido para decidir si se adherían o no al partido que el hijo de su papá aspira a crear, y como si consultaran con una margarita, unos dijeron que "sí" y otros que "no".

Y al terminar el miércoles 13 la reunión de la minoría, se dió a la Prensa una nota oficiosa en que se hacía constar que los que se sumaban al señor Maura eran los diputados don Carlos Blanco, don Julián Ayesta, don Enrique del Castillo, don Rogelio Pérez Burgos, don Gregorio Arrauz, don César Gusano, don Federico Castillo, don Francisco Aramburu y don Enrique Gómez.

En el momento que los reporteros se disponían a copiar la nota, se aproximó a ellos el diputado por Córdoba don Antonio Jaén y les preguntó qué había acordado la minoría a la que él pertenecía.

Uno de los periodistas le dió a leer la nota oficiosa, y cuando lo hizo se la devolvió, diciéndole al propio tiempo:

—Este partido tiene muy poca vida; comienza con síntomas de podredumbre...

Y como los periodistas se quedaron contemplándole con mirada interrogativa, agregó:

—¡Sí, señores! ¿No se han dado cuenta que aún no está madurado y ya tiene dentro un Gusano?...

J. L. B.

fuera lo más completita posible. El Progresismo que ya sólo existía en el cerebro de unos pocos, se ha deshecho al conjuro de la palabra de Maura que le dió la estocada fatal el día mismo en que tomó posesión de la cartera del ministerio de la Puerta del Sol. Era una casa en ruínas, es ya un solar con su guarda, que guarda únicamente el cartelón anunciador del desastre.

Han quedado cuatro y ellos mismos irán languideciendo hasta las futuras Cortes que los desplace definitivamente. Partido sin jefe, sin ideas, sin fondo ¿qué se iba a esperar? Lo raro es que un hombre tan inteligente con el doctor Juarros defiende aun lo que resta. Claro que quien conozca al mé-

dico-literato no puede reprocharle el prurito romántico. Es amante de las bellas frases, de los gestos supremos, de los ideales difíciles. Y puede serlo, porque le sobra talento para eso y más.

Como la semana dá un saldo tristísimo, hemos querido alegrarla con unas caricaturas. Seguimos así una fórmula muy española. Cuando un ibero se muere de hambre y de rabia, cuando todo lo que emprende le sale mal, hace un chiste, se ríe de su figura tembleante y continúa. Espera que salga de nuevo el sol y luego aguarda la noche.

Esperemos nosotros los días que han de venir.

LUIS DE ARMIVAN

APUNTES PARA LA HISTORIA DE SAGUNTO AL 14 DE ABRIL

V

Literatura y Revolución



PEREZ GALDOS

LA literatura alfonsina era ñoña y restauradora. Don Juan Valera, Sumo Pontífice de la grey literaria, en sus recesos diplomáticos escribía novelas que, según declaración del propio autor, la que más éxito obtuvo no se vendió lo suficiente, como para comprarle, con el producto de su venta, un traje a su señora. José Selgas, otro escritor de la época, publicaba cosas tan sin interés como el "Mundo invisible". Eusebio Blasco hacía literatura de solaz y entretenimiento. Ortega Munilla seguía el camino que todos los Ortigas que en el mundo han sido. No se definía. P. A. de Alarcón había publicado ya su "Final de Norma" y gozaba de renombre.

Pero ninguno, absolutamente ninguno de estos escritores se había aproximado al pueblo, a no ser para explotarlo y embrutecerlo con las famosas novelas de folletín. Pereda, un hidalgo montañés con gran talento y enormes prejuicios, daba a la publicidad, de vez en cuando, narraciones novelescas de lo que pasaba en su provincia, muy bien escritas y muy interesantes, pero exentas del fervor doctrinario que hace del libro arma de cultura. Carulla, poeta de cámara, exprimía su exiguo meollo para hilvanar cantos y alabanzas a su señor. J. Velarde publicaba poesías. Campoamor hacía versos filosóficos. Zorrilla, después de lo de Méjico, ya iniciada su vejez, paseaba por España su indigencia, sin hacer nada de provecho. M. del Palacio se esforzaba en poner al paso su vena poética revolucionaria. Mañé y Flaquer, el gran periodista de la

época, era monárquico por encima de todas las cosas. Por encima de todas las cosas, menos del "Diario de Barcelona".

De las revistas y periódicos de la época, ni que hablar. "La Ilustración Española y Americana", que se puede decir que es el periódico que da la pauta a todo el reinado de Alfonso XII, es una publicación que, de no estar subvencionada por los alfonsinos, lo parece. Tan dedicada está toda ella a loar las condiciones morales de los Borbones, que apenas si le queda espacio en sus veinte grandes páginas para dar otra noticia que no se refiera a la casa reinante. Si acaso, si acaso, reserva cada semana un par de columnas para que algún mal poeta de la época, ¡y los había!, diga a los lectores cómo corren los arroyuelos y cómo se arrullan las tórtolas. ¡Ah!, y para lo que "La Ilustración etc., etc." tiene siempre algunas páginas dispuestas es para insultar a los que en Filipinas y Cuba luchan por libertar a sus pueblos de los torpes Gobiernos de España. Sí, sí, "La Ilustración etc., etc." no hay número en el cual deje de insertar en sus columnas algún agravio para los facciosos e insurrectos de las colonias. Claro que, de la otra parte del mar, no contesta nadie a

las mayúsculas tonterías de "La Ilustración etc., etc.". Ya sabe que España y sus Colonias es un grande feudo de los Borbones y éstos los únicos amos. La Prensa de la Península no les merece ninguna atención. Ella no representa la opinión española.

Y de esta esclavitud intelectual surge un nombre: Benito Pérez Galdós. Casi hasta los treinta y cuatro años se ha pasado la vida observando a su pueblo. Recorre España de un lado a otro. Capta, con su gran percepción, el estado de incultura e ignorancia de los españoles. Observa el daño tan grande que se ha inferido al pueblo, desfigurando su historia. La actitud jaque y valentona y otros vicios de la mayoría de los españoles, es un producto de la desfigurada historia de nuestra patria, en la cual no se tropieza con un cobarde ni con un hecho injusto, aunque hubo mucho de lo uno y de lo otro. Y trata, por medio de la novela histórica, reconstruir la verdadera historia de España. De este modo empiezan a publicarse sus famosos Episodios Nacionales en 1879.

Para llegar hasta el pueblo y poder competir con la lectura favorita de las masas de la época, que es el folletín truculento e inverosímil, da a sus novelas un gran movi-

miento y una acción vivísima, que seduce al lector y lo interesa. Bien pronto los Episodios Nacionales enriquecen al editor y llenan de gloria a don Benito. Como era hombre entregado completamente a su apostolado, ligóse por medio de un contrato leonino al editor de sus libros, que lo explotó hasta que don Antonio Maura, ya en este siglo, soltó las amarras que lo tenían sujeto a la galera del librero, como a un farzado.

Pero nada de esto le importaba a don Benito Pérez Galdós. El lo que quería era esparcir su verbo por toda España y revolucionarla. Además era joven, y la juventud es imprevisora y pródiga.

Atento tan sólo a su labor, don Benito escribía y publicaba. Los negocios que su editor llevaba a cabo con las producciones de su cerebro hasta le parecían bien, puesto que debido a ellos tenía una mesa en donde escribir y ¡oh despilfarro!, alguna que otra peseta para comprarse libros.

Pero de toda esta amargura de escritor pobre y confiado compensábalo la eficacia de su producción. En todos los rincones de España eran populares sus Episodios Nacionales y en todas partes iban removiendo las conciencias con sus enseñanzas.

Todo español que desde el año 1883 para acá ha conspirado y revolucionado contra el régimen monárquico, ha formado su espíritu liberal y democrático en los libros de Galdós. De esto no hay que dudar.

"¡Libros, libros e ideas!", gritó en cierta ocasión don Benito como si diera el santo y seña de la revolución española. Y, sin detenerse en bizantinismos ni vagas elucubraciones, dió principio a su tarea revolucionaria escribiendo muchos libros y vertiendo en ellos gran cantidad de ideas. Sus Episodios Nacionales, como imbuidos del espíritu del autor, llevaron a todas partes el afán que los animaba, y los lectores españoles aumentaron. Y con libros se dió aliento a la revolución. Ayudaron también los fusiles, pero quede esto para el próximo artículo.

Amadeo de LAFUENTE

A nuestros suscriptores, anunciantes y corresponsales

Una vez más nos permitimos llamar la atención de nuestros suscriptores, anunciantes, corresponsales y de cuantas personas necesiten dirigirse a nosotros para asuntos administrativos de "LA CALLE" para que lo hagan en esta forma:

Señor Gerente o Administrador de "LA CALLE". Plaza de Cataluña, 9, 2.º, 2.º.
Es la manera de que no sufran demora el despacho de la correspondencia administrativa y los encargos.

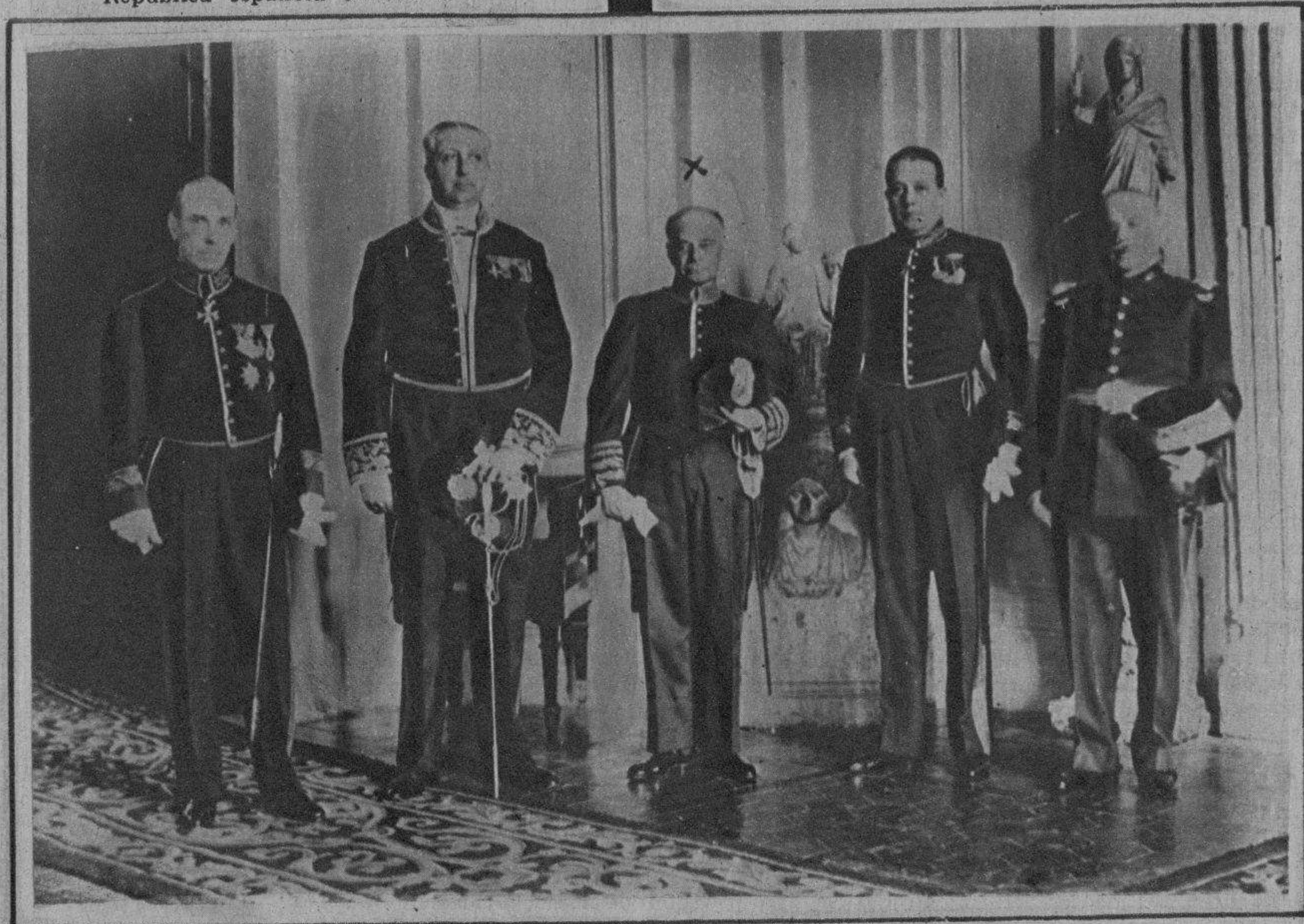
EN ROMA

El nuevo Embajador de la República Española presenta al Rey de Italia sus cartas cre- denciales



Roma.—La comitiva del embajador, dirigiéndose al real palacio

Don Gabriel Alomar, embajador de la República española en Roma



Roma. -- Don Gabriel Alomar (X), con el alto personal de la Embajada de España, en el palacio real, después de presentar sus cartas credenciales al jefe del Estado (Fots. Keystone)

TRIBUNA LIBRE

EL PLAN DE RECONSTRUCCION DE ESPAÑA

LA parte más selecta del genero humano ha sentido en todos los tiempos la imperiosa necesidad de impulsar el progreso social para aumentar el propio bienestar.

En general, cuanto mayor es la penuria en que vive el individuo, más vivo y tenaz es en él este deseo de mejoramiento; en las clases acomodadas hay seres que, movidos por una sordidez estúpida, no solamente no pugnan por acelerar el ritmo de la civilización, sino que procuran favorecer el estancamiento, con el fin de perpetuar el estado de cosas que les asigna el papel de privilegiados. No son todos los poderosos, sin embargo, refractarios al progreso; éste tiene también propulsores en las altas esferas, mientras su alcance no sea tan hondo que pueda remover las raíces de la sociedad. Toda reforma que atente contra el orden constituido la consideran nociva; ahora bien, si se trata de algún avance que tienda a consolidar o aumentar su poderío, se convierten en decididos protectores suyos.

La burguesía yanqui es un magnífico ejemplo de hasta dónde puede llegar una clase parasitaria en su afán de superación. Con la audacia y optimismo característicos de la raza, convirtió los Estados Unidos en el país de las industrias colosales, de los grandes "trusts", que son ahora gobernados por un reducido número de magnates de las finanzas, que comparten con el poderío económico la preponderancia política.

El apoyo de la plutocracia yanqui trajo consigo la mejora del "standard" de vida del proletariado. Los salarios de los obreros se elevaron considerablemente, en relación con los de otros países, pero ello, más bien que sentimientos altruistas, respondió a fines utilitarios: aumentar la capacidad adquisitiva del trabajador, con lo que se atenúa la crisis de exceso de producción, y abortar el ímpetu revolucionario del mismo, que, hallándose a cubierto de la miseria, se convierte en instrumento maleable para sus explotadores.

Los desheredados de la for-

tuna sueñan, por el contrario, con tremendos trastornos que cambien la estructura de la sociedad por completo, para hallar remedio en su desventura. Además, influenciados por las doctrinas igualitarias que desde remotos tiempos han venido predicando todos cuantos han pretendido ser sus redentores, los pobres, en sus ilusiones de bienandanza, hacen extensivos a todos sus semejantes el bienestar que para ellos desean, mientras que los ricos, en sus aspiraciones, no quieren renunciar de ninguna manera a su situación de privilegiados.

La concepción colectivista se impondrá, indudablemente, sobre la del individualismo capitalista, porque, no sólo es más humana y más justa, sino también más compatible con el actual estado de la sociedad.

Según la interpretación materialista de la historia, de Marx, "en un momento de la evolución, las fuerzas productoras de la sociedad entran en colisión con las relaciones de propiedad en cuyo seno se desarrollaban anteriormente. Tales relaciones cambian cuando los gérmenes de nuevas formas de producción contenidas en las formas existentes se desarrollan y crecen. Entonces se inicia un período de revolución social."

Este período parece inminente. La gangrena de la sobreproducción, con su secuela del paro forzoso que de antiguo corroe la sociedad capitalista, ha llegado al período álgido. El germen del socialismo, que aquélla viene incubando desde sus inicios, ha desarrollado de tal forma que, de no haber sufrido la escisión del anarquismo, primero, y luego la del comunismo, su poder sería hoy imponente. A pesar de todo, un régimen basado en el socialismo ha sido ya ensayado en Rusia, precisamente el pueblo que, por su atraso industrial e intelectual, parecía el menos dispuesto, y, aunque trabajosamente, la experiencia va camino del triunfo.

Entre tanto, los gobernantes de los países capitalistas

se estrujan vanamente el cerebro, no ya para dar solución a los terribles conflictos acarreados por el presente sistema económico (sino tan sólo para aminorarlos, con el objeto de retardar lo más posible el derrumbamiento de aquél.

España, recién salida del marasmo en que la tenía sumida la monarquía, se encuentra con las mismas dificultades que afectan a los demás países, agravadas por el atraso en que ha vivido y, por muy buena voluntad que anime a sus directores, no podrán éstos hacer otra cosa dentro de la democracia burguesa, que introducir reformas superficiales, indefectiblemente insuficientes.

Estudiando la inmensa transformación que el comunismo opera en Rusia, se advierte enseguida la similitud de condiciones en que aquélla se hallaba cuando tomaron el Poder los soviets, con España después de expulsados los Borbones, y, finalmente, se viene en consecuencia de que sólo con la realización de un proyecto que, como el "Gosplan" soviético, comprenda a la par la tarea encomendada a la burguesía en otras partes, de intensificación del rendimiento de la producción y la de orientar ésta en servicio de la colectividad, que corresponde al socialismo, puede llegarse a una era de relativa prosperidad.

Como Rusia, España posee tantas riquezas naturales que casi puede bastarse a sí misma, y es también un país eminentemente agrícola y de industria insignificante.

De los cuarenta y seis millones y medio de terreno productivo que tiene España, sólo es laborado una tercera parte y en las peores condiciones. Si se cultivara toda la tierra disponible, sustituyendo los métodos primitivos por el empleo de maquinaria, con asesoramiento técnico, el rendimiento sería tan grande que, después de colmar las necesidades de la población autóctona, aún quedarían grandes "stocks" para la exportación. La invasión de las ciudades

por la muchedumbre campesina que, huyendo del pauperismo, las inundaba de obreros no especializados, dejarían de tener razón de ser.

Nuestra producción industrial: maquinaria, tejidos, etcétera, que, localizada casi por completo en Cataluña y Vizcaya, porque su trasplante a las demás regiones ofrece serios obstáculos, como el de la carencia de materias primas, que no puede solventarse porque el transporte resulta demasiado caro; adquiriría inusitadas proporciones con la creación de las vías de comunicaciones necesarias. La ampliación de las industrias existentes y la explotación de otras nuevas, como construcción de automóviles, tractores, etc., y los trabajos de electrificación y aprovechamiento de la fuerza hidráulica darían acomodo a todos los parados y las mujeres que quisieran ganarse la vida.

La organización de "trusts" y cooperativas que regularían la producción y distribución, iría eliminando empresarios e intermediarios parásitos...

Resulta doloroso entregarse a estas divagaciones, en que el espíritu se imagina a grandes multitudes libradas con ardor a un trabajo intenso, para volver a la triste realidad de las legiones de obreros sin trabajo, viviendo de la caridad pública o del Estado, o muriendo de hambre.

La plasmación de un plan tan colosal únicamente podría llevarse a término bajo un régimen proletario. Si los comunistas consiguieran imponer su dictadura, cosa imposible por ahora, dado lo exiguo de sus contingentes; si los socialistas consiguieran mayoría absoluta en el país y en las Cortes, lo cual parece improbable en plazo próximo; o si la C. N. T. llegara a absorber la U. G. T., que también es muy problemático.

En fin, el advenimiento de la justicia social entre nosotros parece estar muy lejano todavía y, por ello, es preciso que nos demos cuenta todos de la imprescindible necesidad de redoblar nuestros esfuerzos para acortar la distancia que nos separa de aquélla.

Eugenio PONS

POLITICA ARGENTINA

EL "LEVANTAMIENTO" DE ENTRE RIOS

Exaltaciones peligrosas que son el fruto
de la vieja política revolucionaria de la
Unión Cívica Radical

(Especial y exclusivo para "LA CALLE")

La revolución armada es un remedio heroico, que los pueblos deben emplear sólo en casos extremos, pero el abuso de este recurso conduce a la desorbitación de prácticas democráticas y produce entonces efectos contrarios a los deseados.

Las mejores democracias del mundo, por eso, hacen tan sólo "revoluciones pasivas".

EL MOMENTO POLITICO

EL actual momento político es, en Argentina, de trágica expectación. Verificada la reciente elección, en la que el "electorado" expresó por medio de las urnas su voluntad, y electo el ingeniero-general Agustín P. Justo, presidente constitucional de la Nación, el pueblo aguarda con impaciencias angustiosas el momento en que el actual presidente provisional, José Francisco Uriburu, entregue a su sucesor la primera magistratura argentina en la vida institucional y política de la pujante nación sudamericana.

Nadie sabe, en realidad de verdad, cuál será la política que siga en la Presidencia el general Justo. Todo induce a creer que, haciendo honor a su palabra, será un celoso defensor y cumplidor de la Constitución y las leyes, pero aun dentro de los principios y preceptos básicos legales, ¡cuántas orientaciones y cuántos rumbos pueden marcarse! Los grandes gobernantes, no sólo se distinguen por aplicar las leyes a conciencia, sino por saberlas aplicar.

Uriburu ha destruido el mapa político argentino; hay que esperar para reconstruirlo; a saber qué va a hacer Justo! La dictadura con ese criterio obtuso que presidió todos sus actos, trazó una línea de conducta para los partidos políticos; les obligó a solicitar "personería jurídica", como una sociedad civil o comercial; les impuso normas para su funcionamiento interno y hasta se convirtió en censora de sus candidatos! Todo esto fué aceptado por los partidos, para librarse de una vez del yugo dictatorial, y ahora que estamos en vísperas de la reiniciación de la normalidad, el desconcierto es general y la zozobra profunda!...

LA UNION CIVICA RADICAL

La Unión Cívica Radical fué el primer partido nacional izquierdista, pero en fines del siglo pasado y principios del actual. Fué la fuerza romántica y pujante de la juventud de una generación contra el conservadurismo ultramontano de diez generaciones; pero llegó al Poder y la ofuscación y la ineptitud de Hipólito Irigoyen creyó que desde el Gobierno debía persistir en las prácticas revolucionarias que caracterizan su acción en los largos años de ostracismo político y ese fué el error fundamental.

Carlos Pellegrini, ese gran propulsor del progreso argentino, a quien sus contemporáneos llamaban "la gran muñeca", predijo desde mucho tiempo atrás este fracaso: "Dejen no más que los radicales lleguen al Poder y verán cómo los radicales se hacen pedazos", y lo doloroso es que la profecía se cumplió.

Los que hemos actuado en las filas del partido, que fué glorioso con Leandro N. Alem, sabemos de las luchas heroicas entabladas en el seno del mismo, contra los "viejos", que nunca jamás tuvieron la más lejana noción de la responsa-

bilidad que le correspondía a la U. C. R. en la obra constructiva de nuestro país.

El adelanto legislativo fué obstaculizado por la egolatría ridícula del yrigoyenismo y las fuerzas sinceras y leales del radicalismo fueron desplazadas, hasta de los Comités, por los reaccionarios y acomodaticios, que hicieron de las posiciones públicas y de los empleos de presupuesto el norte de sus vidas achatadas y miserables.

Entonces, ya en los albores de la primera presidencia de Yrigoyen, se formó el antipersonalismo.

LA U. C. R. ANTIPERSONALISTA

Esta fuerza política fué constituida e integrada por los grandes núcleos radicales, que no se solidarizaron con la política equivocada del "Peludo". Fué la esencia más pura del radicalismo, pero como quería que éste fuera su fundador Alem y su gran animador Aristóbulo del Valle.

El "Peludismo", es decir, el yrigoyenismo, combatió a esta fuerza como a su más grande enemigo político. En esa lucha, muchas veces, para vencerlo, pactó con los conservadores, con los socialistas de la Casa del Pueblo y hasta con los provincialistas, que en la provincia de Buenos Aires eran la más cruda expresión del caudillismo vacuno.

El antipersonalismo triunfó en muchas de esas contiendas y de esos triunfos sacó prestigios incuestionables como Alvear, Laurencena, Quiróy, Cautoni, Matienzo, Castellana, Villafañe y aún el mismo ingeniero-general Justo, y como progreso institucional y constructivo tiene ese ejemplo formidable que se llama provincia de Entre Ríos, que marcha a la cabeza de los Estados democráticos del mundo.

Entre Ríos es la salvadora del radicalismo, pero de ese radicalismo de vanguardia, de izquierda, que es lo mismo que decir de sinceridad política, de austeridad gubernativa, de pundonor público, de honradez patriótica y de civismo sincero.

LA REVUELTA ENTRERRIANA

Pero hace pocos días, el cable nos ha sorprendido con la noticia de que en Entre Ríos se había producido una intencional revolución.

Esa noticia, o es una fantochada más de Uriburu, o es un estúpido y ridículo alzamiento provocado por los yrigoyenistas, para manchar la nivea página del civismo de la cuna de Urquiza.

¿Cómo puede justificarse un movimiento de esa índole ahora que estamos en vísperas de la normalidad total?

Quienes fraguaron esa descabellada intencional, ¿querían reintegrar al Poder a Hipólito Yrigoyen, o trataron solamente de alterar el orden para dar un pretexto de continuidad a la dictadura?

Si en el primero de los supuestos, el hecho no puede ser más repudiable. Es el fruto de la vieja política de complot y revuelta de la Unión Cívica Radical, más abominable ahora que nunca, por pretender revivir el cadáver político de un hombre que fué el más nefasto gobernante argentino, y si en lo segundo, entonces, "traición" sería un elogio para calificar la malvada actitud, ya que todos debemos tener presentes, ahora más que nunca, aquellas sanas palabras de Mariano Moreno: "Ningún argentino, ni ebrio ni dormido, debe atentar contra la libertad de la Patria!"

IBRAHIM DE MALCERVELLI

Barcelona, enero 1932.

DON FRANCISCO ESCOLA EN SU BARATARIA LEVANTINA

EL GOBERNADOR CIVIL DE CASTELLON HACE UNA APOLOGIA DEL CARGO ANTE LOS ATAQUES DE QUE SON OBJETO LOS GOBERNADORES DE ESPAÑA

PALABRAS DEL REPORTERO

ALREDEDOR de cuatro hombres vestidos con uniformes agrisados, tumbados sobre rojos pañolones de sangre, un pueblo febril borda terribles exorcismos en loca borrachera. Primigénita bacanal de estas almas actuales, forjadoras de nuevas leyendas revolucionarias. Castilblanco, Castilblanco, o Valencia, o Madrid. ¿Qué más dá?

¿No veis en esto, conservadores de tópicos arcaicos, una explosión del odio secular que siente el pueblo contra un caciquismo que le tuvo aplastado y secuestrado?

Sobre la pantalla nacional hubo, después, proyección de luces rojas, sangrantes, trágicas. Epila, Jeresa, Arnedo...

Arnedo, Jeresa, Epila...

Y surgió la acusación: los gobernadores. Y los gobernadores emergieron sus cabezas empavoridas sobre las olas de sangre.

Y se barajaron aptitudes. Se barajaron aptitudes o ineptitudes de gobernadores.

Y ellos pasaron a llenar el tema de «las veinte mil tertulias de café».

Hasta una significada personalidad republicana—bríos de «trabucaire» y espíritu antañón—los hizo trizas desde un «cine» madrileño...

CON UNO DE LOS GOBERNADORES DECANOS DE LA REPUBLICA

¿Son, realmente, culpables los gobernadores?

El «repórter»—camarero que ha de servir en la bandeja del periódico las apetencias de la gente—se entrevistó con el gobernador civil de Castellón de la Plana, don Francisco Escola, al objeto de que nos explicara el modo con que ellos se desenvuelven, y así el público puede hacer sus comentarios debidamente informado. La circunstancia de ser uno de los dos o tres gobernadores que quedan de la promoción inicial de la República, su prestigio como destacado escritor, su preparación en los estudios políticos y sociales, la densidad de su cultura, en fin, y también su fervoroso republicanismo sentido desde la magnífica explosión de sus

Cuanto ocurre no se puede culpar a ellos, sino a las difíciles circunstancias en que se desenvuelven. - Es apostólico el cargo de gobernador.-El gobernador funcionario sería un burócrata más.-Medidas para exterminar el caciquismo

entusiasmos juveniles, son cualidades que conceden indiscutible autoridad a sus palabras.

—Con motivo de los sucesos de Castilblanco y sus dolorosas consecuencias, se ha hablado mucho sobre ustedes, los gobernadores—le decimos.

—En efecto. En la Cámara y en la Prensa se han ocupado de

rese; del mundo casi ideal en que yo vivía, entregado a la labor de crítica literaria, enterándome de los acontecimientos internacionales y percibiendo las enseñanzas de la gran guerra y de la revolución rusa, y luego, durante la dictadura haciendo labor revolucionaria, conspirando y sin po-



El gobernador civil de Castellón, don Francisco Escola Besada, hablando con nuestro colaborador José Santacreu (Fot. Pastor)

la mayor o menor competencia de nosotros. Todos, o casi todos, han coincidido en censurarnos. Y yo estimo que se ha procedido con acritud y hasta con ignorancia. Nadie, ni quizás el Gobierno, se ha dado cuenta de las dificultades y amarguras con que tropezamos en el cumplimiento de nuestra misión. Hemos tenido que desbrozar con energía los matorrales católicos y monárquicos que en los pueblos intentaban hacernos fracasar con sus ardidés de bajo estilo. Aparte de esto hay que tener en cuenta el cambio radical que supone al pasar de la oposición a las normas de gobierno y construcción.

Yo mismo—continúa—noté mucho esta diferencia. Figú-

der hablar, he tenido que pasar a esta realidad de regir y gobernar una provincia. De gobernar en mínima parte, si se quiere; pero gobernar al fin y a la postre. Y esto, créame, es más difícil de lo que parece.

Por ello hay que disculpar los yerros y las vacilaciones de nosotros y se debe disculpar, además, porque quizá la culpa de muchas cosas la tengan los gobernadores. Tenga presente que hemos encontrado mucha incultura y además hemos tenido que luchar con la rebeldía innata en el carácter español. Aunque la mayoría de la mesa es republicana, debemos reconocer su preparación deficientísima. Y al querer llevarla por cauces nuevos pro-

prios del régimen triunfante, por cauces de tolerancia y de libertad y acatamiento a los principios morales y jurídicos, hemos encontrado obstáculos y desaliento. Así, pues, yo considero que los hechos ocurridos no son imputables a las personas que desempeñan los gobiernos civiles, sino a las difíciles circunstancias por que se desenvuelven.

PARA DESARRAIGAR EL CACIQUISMO

—¿Cómo se podrá extinguir el caciquismo?

—Muy fácilmente. En este aspecto soy optimista. Con una actuación enérgica por parte de las autoridades. No concediendo privilegios a nadie, sino siendo justicieros a secas, y elevando el nivel cultural de la muchedumbre, el caciquismo habrá dejado de existir. Yo entiendo que este último punto es el más interesante, porque los caciques se nutren de la ignorancia de los pueblos. El aumento de la ilustración popular será paralelo a la agnición del caciquismo.

Para esta labor purificadora necesitamos también el auxilio de los jueces. Pero no de los jueces actuales, sino de otros nuevos ungidos de emoción ciudadana. La mayoría de los jueces de hoy tienen una preparación inadecuada para comprender entrañablemente los problemas del pueblo y sus legítimas ansias reivindicadoras.

—¿No cree usted que también puede influir en la suerte del caciquismo el modo con que se celebren las elecciones?

—Naturalmente. Las elecciones municipales deben ser base de colegios únicos, prescindiendo de la vetusta forma de los distritos. Las de diputados a Cortes se deben verificar por grandes circunscripciones o, a ser posible, por listas de partidos votadas en colegio nacional único. Volver a celebrarlas por distritos, como ya intentan algunos, no parece horroroso.

GOBERNADORES FUNCIONARIOS Y GOBERNADORES CIVILES

—¿Cree usted conveniente la creación de gobernadores funcionarios, defendida por

PANORAMA INTERNACIONAL

LA CONFERENCIA GENERAL DEL DESARME QUE SE CELEBRARA EN GINEBRA, HA DE DECIDIR

LA próxima reunión de la Conferencia general del Desarme en Ginebra—el 2 del próximo febrero—, me hace aplazar el comentario de otros temas internacionales, y dedicar a aquél estas cuartillas que han de reflejar la actualidad culminante.

La Comisión preparatoria del Desarme, ha tardado cinco años en elaborar el proyecto de convenio que ha de ser sometido a los Gobiernos en la indicada Conferencia. Los actos preliminares que han de conducir progresivamente al desarme general son: la limitación y la reducción de los armamentos.

Es indudable que el deseo de apartar los obstáculos que se opongan al desarme, ha logrado llevar a cabo notables progresos del arbitraje y de la seguridad. Más tales progresos, no tendrán ninguna eficacia, en tanto los Estados, no acometan sinceramente el camino del desarme, y se sometan noblemente a la Sociedad de Naciones, que encarna las garantías internacionales, para impedir la rivalidad, que antes acusaban los pueblos, en materia de armamento.

Hay que anotar aquí, lamentándolo, que no obstante los trabajos de la citada Comisión preparatoria, casi todas las naciones, han aumentado extraordinariamente sus elementos de combate, hasta el punto de que algunas los tienen diez veces superiores a los

LA PAZ MUNDIAL

que contaban al iniciarse la gran guerra; pero, apesar de ello, debe insistirse en gestionar que logre una efectividad terminante el objeto esencial del referido proyecto.

Por las referencias que de éste tengo, puedo consignar que es sólo el mismo un marco dentro del que han de encajarse las determinaciones que acuerde la Conferencia general que va a celebrarse. En él, no se precisa, no se menciona, no se detalla, concretamente, nada—ni una sola cifra—, con respecto a los hombres y al material, que habrán de fijarse para cada uno de los pueblos y para la clase de los armamentos.

Aun con alguna oposición de determinados sectores franceses y alemanes, se pudo llegar a un acuerdo, en cuanto a la limitación de armamentos, a la aplicación del convenio, al control y a las sanciones contra infracciones posibles. Esto, aunque poco, ya significa algo.

Los Gobiernos, han tenido más de un año de tiempo, para poder examinar, serenamente, el proyecto de convenio, que ha de discutirse y ratificarse, en su caso, y para precisar

fijamente las cifras máximas que han de proponer y concertar mutuamente.

Pero no hemos de perder de vista, que una labor y una misión tan delicada, tan peligrosa, de tanta responsabilidad, no puede ser obra y decisión únicamente de los Gobiernos. Es una labor política, que ha debido efectuarse, teniendo en cuenta el ambiente, el sentir de la opinión pública de cada país. En esta hora crítica y difícil, y cuando se trata de la paz del mundo, es indispensable que se vaya a tomar acuerdos, con la máxima confianza de todos los sectores de la vida de los respectivos pueblos.

Y como de las discusiones y acuerdos de esa Conferencia, ha de derivarse la limitación general de los armamentos, es de gran trascendencia que tal limitación se precise tomando el nivel más bajo posible, prescindiendo de la situación actual del mundo, respecto al particular.

Han de partir de la base, los Gobiernos que tomen parte en la Conferencia, que la opinión pública, que la masa ciudadana de los diferentes pueblos

que ellos representen, está cansada de sacrificios inútiles, y que no puede amparar y hacer suyos, otros acuerdos que no sean los que entrañen una enorme rebaja en los armamentos—que no han de representar, exagerando mucho, más que una cifra mínima—, lo que se traducirá en una notable disminución de las pesadas cargas tributarias que llevan sobre sus espaldas, y una seguridad para la concordia y la paz mundial, determinantes de la confianza tan necesaria y de una inmediata restauración de la economía de los pueblos, y con ella de una ansiada prosperidad.

A nadie se le puede ocultar que la causa del Desarme, tiene bastantes adversarios, en unos y otros países, y por tal motivo, se impone que las representaciones de los Gobiernos que acudan a la Conferencia de Ginebra, vayan con el firme propósito de hacer cumplir su criterio, a despecho de todas las pugnas y obstáculos que puedan oponerseles, para conseguir el triunfo de la paz, que es el de la democracia y el de la civilización.

Si, fatalmente, fracasara la Conferencia general del Desarme, podríamos dar por hundida la civilización, por anulado el espíritu de la Democracia, por perturbada permanentemente la paz del mundo y en completa crisis el sentido de Humanidad.

CARLOS BERNAL

París, enero 1932.

LA CALLE tiene confiada la corresponsalia administrativa en Madrid, a la Agencia de Distribución de Libros, Diarios y Revistas

CARLOS CLIMENT CAUDET - TELÉFONO 90118

Maura en su último discurso?

—No. Porque esto sería aumentar la burocracia. Un gobernador funcionario sería un burócrata más. Se tendrían sin cuidado los problemas de la provincia confiada a su mando.

—Luego deben ser gobernadores políticos...

—Claro. Aunque se creen prefectos de policía para la cuestión de orden público y delegados de trabajo para los conflictos sociales, siempre será más eficaz la actuación y el arbitraje del gobernador civil, al que inevitablemente acudirán los elementos en juego. Es preciso que exista el gobernador manteniendo con inteligencia

el principio de autoridad y con atribuciones políticas, culturales y administrativas. Es decir, que sea un reflejo del poder moderador y ejecutivo. El cargo de gobernador es un cargo apostólico. Hay que recorrer, como yo lo he hecho—bien lo sabe usted, querido Santacreu—, pueblos y aldeas para enterarse de sus apetencias y de sus necesidades, para hablarles y esparcir la luz de esto no lo haría un gobernador funcionario. En cuanto a la opinión del señor Maura de que los gobernadores no deben ser políticos, igualmente podría aplicarse a los ministros. Y esto es una gran equivocación,

¿no es verdad? La moral, la ética, la cultura, deben estar por encima de toda técnica, por encima de toda especialización rutinaria.

Diga también que eso de la «plaga de la langosta», de que nos acusa el propio ex ministro de la Gobernación, es una frase dicha para epatar a los burgueses; y sin duda, porque es un caballero, en el fondo de su conciencia hizo muchas excepciones.

EL SEÑOR ESCOLA QUIERE SER DIPUTADO

No queremos dilatar más la tortura a que hemos sometido

a nuestro ilustre amigo. Y nos despedimos con esta pregunta:

—¿Sus proyectos para el futuro, señor Escola?

—Abandonar el cargo que ostento, no por desamor a Castellón—al que profeso un hondo cariño—, sino para luchar por obtener entrada en el Parlamento con objeto de hacer una amplia crítica de fiscalización, propugnar audaces proyectos meritorios en el desempeño de mi cargo presente y adquirir resonancia en aquella gran tribuna.

JOSE SANTACREU

Castellón de la Plana, enero 1932.

AL SERVICIO DE LA REPUBLICA

HABLANDO CON EL DIRECTOR GENERAL DE
ADUANAS, DON JOSE BERENGUER CROS

CUANDO voy a entrevistarme con el director de Aduanas, por no conocerle, llevo en mí una vacilación enorme. ¿Cómo será este hombre? ¿Será joven, viejo, le molestaré?

Todo esto y más pensaba yo cuando entré en el ministerio de Hacienda, donde a las siete de la tarde quedamos citados por teléfono.

Puntual él. Puntual yo. Habíamos subido al mismo tiempo por dos ascensores diferentes.

Una simpática mecanógrafa me hizo pasar a su despacho, y en él, la mano franca y cordial del íntimo de Marcelino Domingo estrechó la mía llamándome compañero.

—Yo también soy periodista— me dijo—. Yo conozco la profesión y en mí quiero que vea usted desde ahora a un camarada más, máxime tratándose de LA CALLE, semanario que seguí y sigo con interés y curiosidad y en el que cuento con amigos y compañeros de hace mucho tiempo.

—¿Cuándo empezó usted a luchar en las filas republicanas?

—Hace tiempo. Tenía yo quince años y estudiaba Bachillerato en un colegio católico denominado San Luis. Un día hablé a mis compañeros y fundamos la Juventud de Unión Republicana al amparo de la actuación de Marcelino Domingo, que fue por aquel entonces concejal del Ayuntamiento de Tortosa. Más tarde ingresé de redactor en "El Pueblo", semanario tortosino que se convirtió en diario y aún sigue, hasta que en 1920 me encargaron de la dirección. Hoy es un periódico regional importante en todo aquel distrito.

—¿Dejó la política?

—No. Actué de lleno en la política catalana, defendiendo los derechos de Cataluña en sus aspiraciones justas, que aún no son comprendidas por muchos políticos españoles.

—¿Siguió usted con Marcelino Domingo?

—Sí. Pero no teníamos una denominación partidista en el

verdadero sentido de la palabra. Allí éramos marcelinistas, es decir, seguíamos la pauta que Marcelino trazaba, considerando su honradez y conducta política desarrollada dentro de la Federación Republicana del distrito de Roquetas, que hace poco, en asamblea regional, acordó declararse radical-socialista.

—¿Qué juicio forma usted de la política catalana?

—No hay que confundir el catalanismo con el sentimiento catalán, que es una cosa distinta a Cataluña. El pensamiento de Barcelona no in-



NUESTRO COMPAÑERO SEÑOR BENJUMEA HABLANDO
CON EL DIRECTOR GENERAL DE ADUANAS

terpreta o no es el pensamiento catalán. El pensamiento de Cataluña hay que interpretarlo con lo que es y representan las comarcas catalanas, y todo partido político tiene que tener en Cataluña, aun por propio sentimiento, un poco de catalanismo; no dicho en el sentido separatista, que es una cosa diferente, pero sí en el sentido autonómico, que es otra cosa más justa.

—¿Y qué política debe seguirse?

—Una política de izquierdas, netamente de izquierdas, lo más izquierda posible, pero toda la actuación pública y privada de la política catalana está supeditada a la aprobación del Estatuto. Hasta que el Estatuto no se apruebe, ningún partido hará nada, pues todo se queda supeditado al interés común de la región catalana.

—¿En qué partido milita usted?

—En el radical-socialista y colaboro en la "Esquerra" en aquellos puntos concretos de la política regional, en la que refleja el ideario radical-socialista en todas las ocasiones que el mismo puede tener un punto de contacto con nuestra actuación.

—¿Qué le ha parecido la carta de Marcelino Domingo a Maciá?

—Bien, muy bien. Ha reflejado el pensamiento de muchos que no se atrevían a manifestarse así o el de otros

de España, sino del mundo. También sostengo que los socialistas deben seguir colaborando desde el Poder y si se marcharan cometerían un error y harían a la República un enorme daño.

—¿Durarán mucho estas Cortes?

—El tiempo necesario para elaborar las leyes que el Decreto de convocatoria anunció al país. Ni un día más, pero ni un día menos. Unos dicen que en tres meses se hará todo. Yo creo que no. Nadie puede señalar cuando terminan. Su labor no era la Constitución sola, sino esas leyes que digo, hijas de la Constitución misma.

—¿Perjudicará el voto de la mujer?

—Creo que no. La ley obligará a los republicanos todos a que su labor de propaganda la lleven al sector de la mujer, olvidada hasta ahora y que ha de contribuir a que su acervo no sea feminista en el sentido del sufragismo inglés, sino a una democracia moderada en el sentido de una amplia libertad, para que ejerza sus funciones de ciudadanía como un ciudadano más. Si esto se hace así, la mujer incorporará a la política unos factores nuevos que harán de España una Nación vigorosa y de vibración, incorporándola a la cultura media de los pueblos de la Europa culta y progresiva. Queda mucho que hacer, amigo Benjumea, y en esa labor todo español y española consciente ha de ahondar el surco de un Estado nuevo, haciendo que los que no sean conscientes habrán que hacerlos con las prédicas y las actuaciones de todos.

De otras muchas cosas hablamos, de muchos problemas nos fué dando cuenta, pero no quise molestar más a este hombre lleno de simpatía, pletórico de juventud, que desde su saludo me empezó a llamar compañero, como si aún sintiera en su espíritu democrático esta profesión liberal del periodismo en su sentido moderno y amplio.

J. BENJUMEA ROMAN

COMO CASTIGA FRANCIA A LOS DELINCUENTES

LA VIDA DE LOS FORZADOS EN EL PENAL DE GUAYANA

AMAMOS a Francia, cuna de la democracia. Pero no puede nuestro cariño enturbiar el juicio sereno que merecen las crueldades, ni disculpar lo mal hecho. Francia, tan humanitaria, tan comprensiva con todos, es terriblemente cruel con los desgraciados que infringieron los preceptos de la ley.

En estos años de la postguerra se ha iniciado una campaña piadosa en favor de los presos franceses. Sin embargo, hasta ahora, Francia se muestra insensible. Mantiene su penal a costa de varios millones de francos anuales, cuando la idea de su establecimiento fué obtener un negocio con la colonización.

Nos vamos a sumar a esta demanda piadosa, horripilados por los que pasaron por allí. Y vamos a justificar este sentimiento noble con un relato de los tormentos que impone la democrática Francia a quien rompe la cerradura de un baúl y se apodera de un billete de cien francos, acaso para satisfacer su estómago hambriento.

Vamos a conocer la tragedia de los cincuenta mil penados y pico que se registran en el libro de entradas de la Guayana.

CAMINO DEL PENAL

Después de sufrir la tortura de las prisiones, los condenados salen en pelotón, escoltados por un verdadero ejército de guardianes y embarcan en un buque especialmente destinado a este objeto. Las remesas para la Guayana suelen ser de quinientos o seiscientos individuos.

El barco está constituido interiormente por jaulas, en cada una de las cuales entra medio centenar de forzados. Para este número tan crecido la jaula resulta diminuta: diez metros de largo y cuatro de ancho. Está enrejada y fuera del rejado de hierro hay una pipa de agua sucia y fétida para beber. Cada penado tiene una hamaca que, pa-

ra dormir, tiene que colgar del techo; pero resulta imposible colgar medio ciento de hamacas en espacio tan exiguo.

En estas condiciones, la fiebre se adueña de todos, y cuando el buque trágico llega a su destino, el desembarque es mucho menos numeroso. Más de un centenar de hombres perdieron la vida en las mazmorras sórdidas y han ido a descansar en la tumba inmensa del Atlántico.

LA GUADIANA INHOSPITA

En la Guayana francesa hace un calor insoportable todo el año, porque está junto al Ecuador. Es un clima horrible, que quebranta la salud más firme. Los hombres que entran allí no vuelven a sus hogares.

Todos los días, invariablemente, con exactitud matemática, cae un chaparrón formidable, que no ocasiona inundaciones y desbordamientos gracias a la gran permeabilidad del suelo. Cesada la lluvia, que suele durar una hora, vuelve el ardor asfixiante, producido por la evaporación del agua, y se forma una atmósfera abrumadora, origen de terribles fiebres.

En este suelo inhóspito, amontonados en barracones inmundos, comiendo la peor bazofia y, aún ésta, escasa, los penados sufren un régimen inhumano, cruel, hasta que su resistencia se agota.

LA VIDA DE LOS FORZADOS

A los forzados se les hace trabajar horriblemente. Duermen sobre el suelo, en los barracones dichos o en una choza de hojas de palma, provistos de una manta miserable

A las cinco de la mañana, de noche aún, un cuerno da la señal de levantarse y, después de recibir un pedazo de pan, un machete y un hacha de mucho peso, se encamina el penado al bosque en bus-

ca de tajo. Este consiste en tirar los árboles que quiere y convertirlos en astillas gordas de un metro de largo, hasta formar un montón de un metro cúbico con aquellos trozos. No les señalan horas fijas de faena. Pueden hacerlo en el tiempo que deseen, pero siempre antes de las cinco de la tarde.

Apenas reciben las herramientas, se encaminan por la vía de arrastre, a gran paso, y se internan por los bosques en todas las direcciones, en busca de árboles blancos, que son los más fáciles de cortar, dejando los cedros y las variedades del roble, por lo duros y lo resistentes.

El forzado hábil hace su destajo en tres o cuatro horas de ímprobo trabajo; se desnuda después de buscar y examinar previamente los árboles destinados a la tala y comienza la faena. Al rayar el alba se sienten en los bosques de la Guayana los golpes intermitentes de cientos de hachas y el ruido estruendoso de la caída de árboles tronchados.

Los guardianes, bien armados de revólver y escopeta, se encargan de comprobar los destajos y la exacta medida. Si se hacen huecos o trampas con las astillas para aumentar el volumen, se castiga con doble trabajo.

A las diez u once de la mañana comienzan a regresar los primeros forzados, todos cubiertos de sudor y rendidos de cansancio, y, a las doce, unos cuernos anuncian la hora de comer. En cazos de metal van poniendo para cada forzado la ración de arroz o de habas negras y caldo hecho con morros, uñas y rabos de cerdo. Esta bazofia se repite, casi con regularidad, un año y otro, día tras día...

Después de comer, permiten estar dos horas resguardados del sol, tumbados en las chozas, y a las tres vuelven al bosque a continuar su trabajo los que no lo hayan terminado.

Cenan, se pasa lista y se

concede libertad hasta la hora de silencio a los que realizaron el trabajo a satisfacción de los guardianes. Los que no, pasan a los calabozos.

LOS HORRIBLES CASOS

Hemos leído el reportaje apasionado que hiciera Albert Londres en un libro magnífico; las crónicas dolorosas de un reporter norteamericano que obtuvo permiso para vivir un mes entre los forzados. Hemos tenido ocasión de leer muchas páginas que claman por la abolición de la forzada servidumbre inhumana del penal francés. Pero nadie ha expresado con más emoción, con más patético verbo, los dolores de aquel suplicio, que un español: el ingeniero Manuel Menéndez Valdés, que, complicado erróneamente en un proceso de espionaje durante la guerra, fué condenado a muerte y pasó a la Guayana al conmutarse la pena capital por la de trabajos forzados a perpetuidad. La ayuda de elementos poderosos y una bolsa crecida valieron la fuga del presidiario. Y a él debemos la más formidable descripción del presidio dantesco.

FINAL

Los Estados, como los individuos, tienen sus rarezas. Cada día, en la República francesa, se dicta una ley que puede ser lección de democracia. Esa misma Francia sostiene el baldón de la Guayana.

Unámonos todos en una cruzada humanitaria. Aunque tardíamente, es de esperar que Francia reparará su error. Nuestra Concepción Arenal escribió la frase imperecedera, más elevada aún que todos los nobles sentimientos de la Sociedad de Naciones: "Odia el delito y compadece al delincuente". Francia debiera mirarse en el espejo de ternura de nuestra Concepción Arenal. De ternura y también de comprensión y de justicia.

Fabián CAROL

MANOS ALTAS Y BRAZOS CAIDOS

Un peligro mayor que la ola bolchevique o que el fascismo

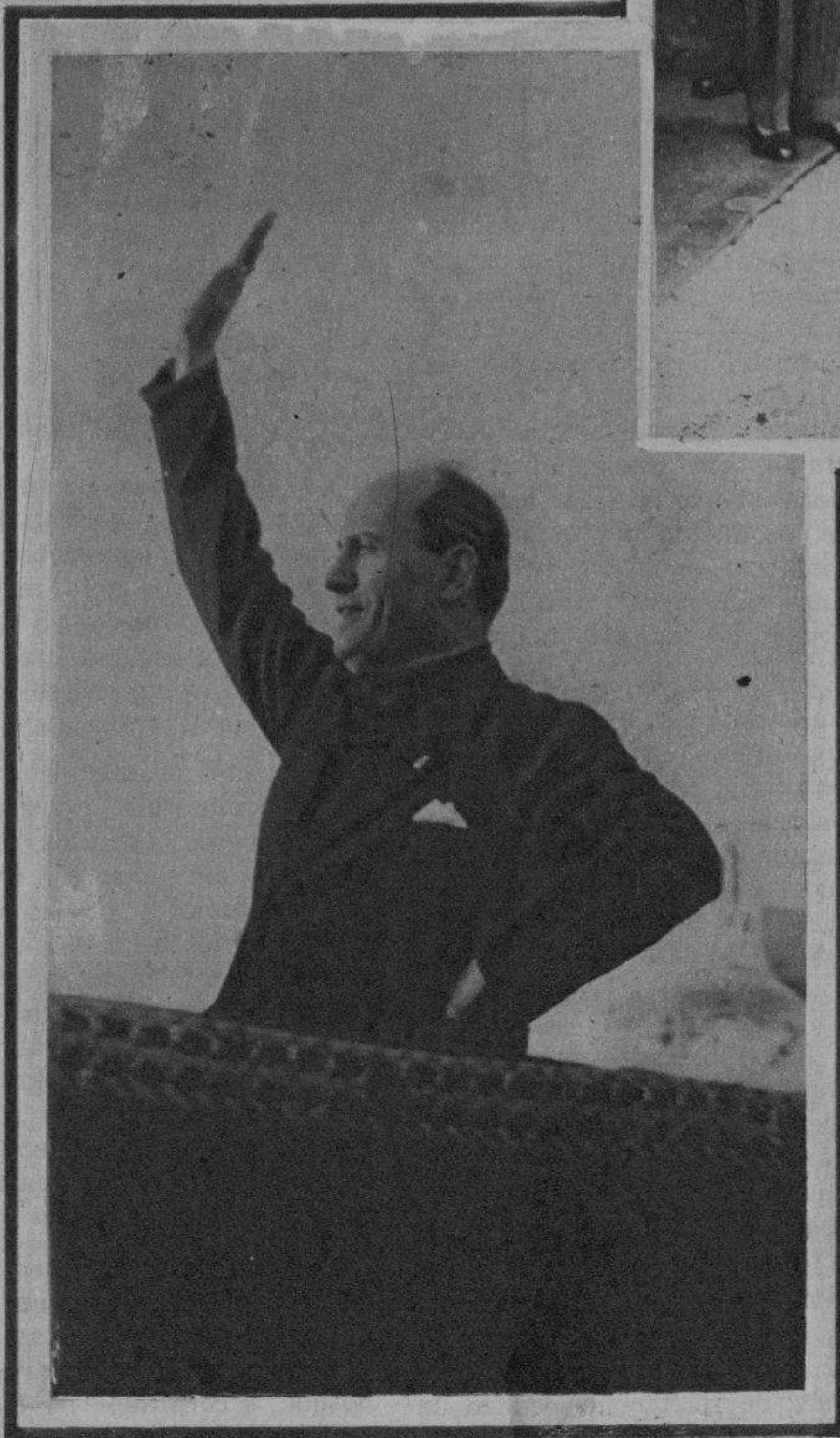
EN la infinita diversidad de movimientos y extrañas gesticulaciones de la mímica humana, el ademán fascista se ha extendido en nuestros tiempos por doquier como general habitud de las gentes al testimoniar entusiasmo por un triunfo o acatamiento fiel a los poderes gobernantes. El ejército y la muchedumbre de distintos territorios adoptaron esa particular actitud de las manos altas iniciada por el arrogante actual dictador italiano y que, por irónico contraste, han venido a imitar los comunistas rusos, precisamente dos tendencias del todo opuestas, multitudes adversas que, logrado el respectivo anhelo, elevan los brazos al firmamento como en ferviente demanda de la protección de los cielos... ¿A qué misteriosa Providencia debe implorar ese gesto colectivo inexplicable de las legiones negras y rojas que imperan, hoy, en ciertos países con el más absoluto y tiránico de los predominios?

Como signo de sumisión o rasgo de altivez, dominadora, aristócratas y proletarios se aficionan a esa antigua salutación romana ante el César en señal de ciega adhesión al despotismo. No es, pues, secreta contraseña distintiva de una secta ni natural saludo de común afecto de una raza, sino prueba ostensible y vana del unísono sentir de aquellos que pretenden la cohibición de toda independencia y liberalidad sincera.

Mussolini, Hitler, Stalin... Una generación demente eleva hasta la más alta eminencia de los ídolos a esas funestas figuras de la política mundial que han establecido la fatal doctrina de la fuerza contra el derecho.

Entre tanto, el desorden orgiaco de los privilegiados del mundo va convirtiendo la existencia de los humildes en misérrima vegetación de irracionales hambrientos. La "dulce" palabra "negocio" no tiene ahora la mágica significación de otras épocas y un temor avariento domina a

toda la humanidad pudiente. Presagios quiméricos de aciago porvenir, infundados augurios de universal desastre, y, por esa oscura razón se oculta, medroso, el capital, limitando el dispendio a la comodidad y placeres del feliz acudalado. Las necesidades de la modesta población no tienen la menor importancia. Despido constante de obreros, supresión casi total del asalariado, un éxodo mundial del trabajo, desahucio interminable e infausto que alcanza fabulosas proporciones y que es evidentemente un peligro mayor que la ola bolchevique o que el fascismo, porque esa legión incontable de los abandonados en



Benito, queriendo detener el mundo

El gesto fascista, como vana pretensión de detener el ignorado e inevitable porvenir

la angustia del hambre se extiende inmensamente, con amenaza de futuros desquites furiosos, totales e irreparables. Esa huelga forzosa en el Universo entero ha de producir la más espantosa hecatombe habida a través de los siglos.

¡Cuántas cosas hubieron que el poderoso y el optimista creían en la vida imposibles!

Si los que levantan las manos a lo fascista suman ya millones, los sin trabajo, los "brazos caídos", son, hoy, pueblos enteros que invaden, como mancha negra, la totalidad del mapa. Esos alzarán también un día sus brazos cuando llegue el momento de un insospechado juicio final que ha de tener, irremisiblemente, lugar en la Tierra.

EL DERECHO AL TRABAJO

NUESTRO vigente Código fundamental reconoce, como no podía por menos, tratándose de instituciones liberales y democráticas, uno de los derechos humanos inalienables, el derecho a la vida, base o tronco del derecho natural.

Al suprimir los legisladores la pena de muerte, en el orden penal, expresaron, sin duda, su convencimiento de abolirla en cuanto al orden humano se refiere; es decir, que nadie encontraría trabas para poder subsistir por ninguna causa, razón o motivo.

Mas al olvidarse los legisladores de llevar el concepto expreso a la letra de la Constitución, instituyendo el derecho al trabajo, queda el derecho anterior, en el orden natural, sin la debida eficacia.

Si no se hubiesen torcido los verdaderos cauces de la República, el nuevo régimen hubiese sido federal y entonces tendríamos inscritos en su Ley estatal el derecho al trabajo que echamos de menos.

El Estado nos dice ahora: yo te garantizo la vida en el orden penal, ciudadano, mas no los medios para que subvengas a ella en el orden humano, social.

Esos medios, como prestación de servicio o auxilio; más claro, el empleo de tu trabajo, de tu actividad queda a merced de que los demás te lo acepten o requieran o, a lo sumo, a la potestad del Poder ejecutivo, el cual, como no es para él obligatorio constitucionalmente, desarrollará el trabajo público cuando estime que deba hacerlo, y si entre tanto mueres tú y los tuyos de hambre, de miseria, por no tener dónde emplear tus brazos, tu inteligencia, tu esfuerzo, no me culpes a mí ni a la colectividad social, ya que de común acuerdo hemos suprimido de los Códigos la pena de muerte. Yo no te condeno a muerte, aunque mueras de inanición.

En virtud de semejante razonamiento, los hombres que componen nuestro Gobierno, si no se inhiben del problema del trabajo público, por lo menos lo aplazan.

Todo se les vuelve estudiar proyectos y nombrar comisiones, a fin de ver el modo de resolver la urgente necesidad de los que no tienen trabajo y aspiran a trabajar para poder vivir, fijando sólo su vista de gobernantes en la potencia tributaria del país y en el estado de su Hacienda.

Por no sobrecargar esa potencia tributaria en unas décimas y no querer exigir al Erario el sacrificio que en obras públicas se impone y que a fin de cuentas habría de ser remunerador en el transcurso de "equis" tiempo, consiente el Gobierno y el Poder legislativo que cientos de miles de familias de trabajadores de todas clases padezcan el tormento de la miseria, que raya en los linderos del hambre.

El derecho a la vida tiene como indispensable secuela de ese derecho, en el orden natural y humano, la facultad de disponer de los medios necesarios de sustento para que toda criatura pueda vivir, y mal puede vivir el ciudadano si la sociedad organizada y su instrumento representativo, el Estado, si no le facilita los medios para ello, o se los restringen de tal forma que paraliza el desenvolvimiento de sus personales actividades.

Decirle al ciudadano, implícitamente, yo te reconozco por razón de los postulados de la escuela socialista, tu derecho a vivir por el empleo capacitado de tu actividad, de tu esfuerzo; mas el factor trabajo, por el cual has de ganarte el sustento cotidiano, tiene que estar regulado por el régimen de producción, que yo, Estado social, acepto y te impongo, es lógica y humanamente absurdo y arbitrario.

Ello es reconocer el valor de una cosa a la que luego no se le da efectividad.

¿No señalan expertos economistas que la crisis actual económica y de trabajo proviene de un exceso de superproducción?

Pues si hay superproducción, ¿cómo haber miseria en los núcleos sociales y hambre en los individuos?

Si el régimen capitalista atesora los productos producidos

con excesos y no repartidos, al objeto de sostener en los mercados los precios altos de esos productos, ¿cómo el Poder ejecutivo acepta esa transgresión de la ley penal; de las leyes económicas y hasta de la ley moral?

¿Porqué no se impulsa la salida de esos productos acaparados, cuando con ello no sólo se descongestionaría la producción, sino que se precisarían nuevos factores humanos, de los que están sin trabajo, para seguir normalmente produciendo?

¿Porqué el Estado no moviliza la masa de millones que se necesitan en obras públicas, donde tantas y tan diversas se precisan en España, impulsando y fomentando así la riqueza, y no sigue, además, atendiendo como es debido el plan de colonización interior que promulgara el difunto señor Canalejas?

¿Qué puede perjudicarle al país que se grave el presupuesto nacional, anualmente, en unos cientos de millones de pesetas en las atenciones enumeradas, si con ello se acrecentaría nuestra potencialidad económica, nuestro trabajo y se distribuiría más y mejor nuestro numerario, por todo lo cual la Nación prosperaría y se engrandecería?

¿Es que se ignora, acaso, que el factor primordial de la movilización y expansión del signo de cambio (dinero) es el elemento trabajador, por ser el que más ampliamente lo distribuye entre otros factores, al satisfacer sus necesidades y deseos?

¿No se comprende que la acción trabajo es semejante a una rueda de noria cuyos cangilones, a la vez que extraen riqueza, van vertiéndola por todas partes, en un constante y rítmico movimiento?

¿Qué puede ni debe importarle al contribuyente (que en definitiva lo somos todos los ciudadanos) el aumento de unas décimas en los impuestos directos o indirectos, si esas décimas lo son para arbitrar recursos que faciliten y acrecienten la riqueza social?

¿No seremos todos, luego, los beneficiados?

¿A qué ese temor y esa cicatería de nuestros ministros de Hacienda al aumento de las partidas presupuestarias de ciertos ministerios, cuando de obras de utilidad pública se trata?

Toda nacionalidad que se precie de estar regida con arreglo a normas de equidad y, por tanto, bien orientada, ha de reconocer el derecho humano al trabajo y obligar a que sea efectivo, al objeto de que no haya individualidades que deseen emplear en el trabajo su esfuerzo, su inteligencia o sus brazos y no encuentren donde, como está sucediendo, por desgracia, en España.

Y no se nos venga con el tópico de que los enemigos de la República vienen siendo los que acrecientan el daño, pues contra esos enemigos y ese daño ha debido emplear su máxima energía y máxima actividad el Gobierno.

Ricardo GARCIA PRIETO

LA CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA DIRIJASE
AL ADMINISTRADOR DE "LA CALLE",
PLAZA DE CATALUÑA, NUM. 9, 2.º, 2.ª — BARCELONA

Hombre liberal

En tu hogar no puede faltar el formidable BLOC JACA (Primer Calendario Republicano). Manda dos pesetas en sellos de correos a EDITORIAL SANXO, BOU de SAN PEDRO, 9, Barcelona, y se te mandará sin más gastos.

ARIEL

Estudios Astrológicos. Montera, 36, 2.º dcha. Madrid (14.º) Interpreta el porvenir. Si os preocupa algún asunto de interés, pedid consejo; desaparecerá vuestra duda.

Tres notas gráficas de Barcelona



Banquete con que el «Rotary Club» barcelonés, celebró el X aniversario de su constitución. — (Fot. Badosa)



La diputada de las Constituyentes, señorita Clara Campoamor, con las demás oradoras que tomaron parte en el mitin a favor de la paz, celebrado en el «Palacio de Proyecciones», y cuyo acto fué perturbado por unos alborotadores, que merecieron general repulsa. — (Fot. Merletti)



Don Víctor Robert, Presidente de la Sociedad «Providencia Mutual» durante un cuarto de siglo, momentos después de serle entregadas las insignias de la Legión de Honor, por el cónsul general de Francia. — (Fot. Merletti)